

LOS CINCO ENTIERROS DE PESSOA

Drama para heterónimos y fantasmas

JUAN CARLOS MOYANO ORTIZ

*Pocas veces ocurre
Que al morir un poeta
Sean necesarios 5 ataúdes.
Como pocas veces ocurre
Que un poeta sea morada
Para que vivan en él,
Para que trabajen a sus anchas
Y duerman cuando quieran
Sin pagar renta,
Sin amenazas del casero,
Otros 4 poetas.*

*Al entierro de Pessoa
Fueron con sigilo
Así como vivieron.
Nunca le objetaron
La estrechez de su vivienda,
Ese raro vivir gabán adentro.
¿Pero no querrían más espacio
Ahora, en la rigidez de las formas?
No se vio a Pessoa en tertulia
Con sus 4 fantasmas cardinales.
No se le vio en grupo
Caminando hacia la tabaquería,
Compartiendo viudeces,
Pessoa y sus compinches,
Y esa forma
De no dejarse ver en los espejos.*

Juan Manuel Roca

MENSAJE

Para llegar al texto dramático de *Los cinco entierros de Pessoa*, acudí al experimento escénico directo y desarrollé procesos creativos con dos núcleos de actores y actrices, primero en Portugal y luego en Colombia. A comienzos de 2015 me encontré con Lendias de Encantar, Teatro de dos y Teatro Tierra, grupos de Portugal, Cuba y Colombia respectivamente, buscando una aproximación directa a las vidas y obras de Fernando Pessoa. Después, en el segundo semestre, continúe trabajando en la idea con el Teatro Tierra, profundizando en los laberintos de un escritor plural, capaz de construir otras personalidades literarias, únicas, autónomas. Fueron exploraciones con actores y actrices, pues en el escenario se vislumbran aspectos que no logran percibirse desde la sola escritura. En ese proceso práctico pude encontrar el camino para escribir una estructura dramática y una propuesta de puesta en escena que está condensada en una fabulación teatral que parte del delirium agónico del poeta. Esa situación es el pretexto dramático.

La vida de Pessoa se extingue y los recuerdos se agolpan en los espasmos de la memoria. Son fragmentos de un todo que gira en la rueda de los acontecimientos. Desde ahí se hace la evocación de un personaje múltiple y se desenvuelven algunos aspectos humanos y poéticos de su existencia. Juan Manuel Roca me prestó el título de uno de sus poemas dedicado al ilustre escritor lusitano: *Os cinco enterros de Pessoa*. Fue en Lisboa, precisamente, en un encuentro fortuito y poético, en una terraza que miraba al río Tajo, cuando recibí el poema de manos del autor. De inmediato, tuve la sensación que en ese título y en esos versos estaba la clave de una obra de teatro acerca de Pessoa y sus heterónimos. Lo otro fueron largas caminatas por las calles que recorrió Pessoa, inmersión permanente en su poética múltiple y visitas a los lugares donde transcurrieron momentos claves de su vida y de su muerte. La dramaturgia, en cierto modo, fue un proceso alquímico: parte importante de los parlamentos son extractos y variaciones de poemas y cartas de Pessoa, se incluye el poema *Fim* de Mario de Sá Carneiro y aportes actorales ocurridos en los procesos de experimentación escénica. La escritura, sin embargo, es autónoma, tiene tono propio y propone un concepto escénico.

PAISAJE

El panorama es subjetivo: cámara negra y unos pocos objetos de uso polivalente. Es como el recinto infinito de una mente o, por lo menos, su equivalente teatral. Ahí ocurrirán todos los acontecimientos del delirium. Las actuaciones y la composición escénica definirán los acontecimientos y sugerirán lugares donde ocurren las situaciones. Más que espacios descritos físicamente son atmósferas y ambientes donde ocurren momentos y evocaciones.

OBJETOS

27.543 páginas que recuerdan la obra inédita que Pessoa deja cuando fallece, contenidas en un baúl de madera, en un cofre legendario. Estas hojas además de evocar los escritos del poeta dejan ver otra metáfora: las páginas en blanco, la incertidumbre de escribir, el abismo simbólico a la hora de plasmar en el papel lo que se desea expresar, el vértigo de la pasión literaria: el desafío latente de todo escritor frente a su destino. Las hojas, vistas como objetos escénicos e instrumentos sonoros, desempeñan un papel significativo en la construcción de la puesta en escena y en la re-significación de lo poético a través del movimiento, los ritmos y las imágenes visuales. Las hojas permiten configurar un código delirante que transmite la metáfora dramática desde la acción teatral, la interpretación dramática, el efecto musical y la definición plástica. Para lograr la elocuencia de las hojas y los intérpretes el único camino es la exploración, el experimento, el laboratorio teatral.

Una máquina de escribir antigua; una silla giratoria, de oficina; el velamen de un barco, elaborado con hojas de papel; otra máquina de escribir que se transforma en velero que se jala con un hilo, como un juguete surrealista; una maleta de viaje.

PERSONAJES

(heteronimos y fantasmas)

Fernando Pessoa

Alberto Caeiro

Ricardo Reis

Alvaro de Campos

Bernardo Soares

Alexander Search

Abilio Cuaresma

Maria José la Corcovada

Dionisia la abuela

Fernando Pessoa niño

Maria Madalena la madre

Ophelia Queiroz, la novia

Tía Rita, tía de la madre

Tía María Xavier, tía de la madre

Tía Anica, hermana de la madre

Mário de Sá-Carneiro

Rey don Sebastian

Antinoo

Adriano

Sidonio Pais

Coro de fantasmas

PRIMER ESPASMO: LA AGONIA DE FERNANDO PESSOA

Se escucha una respiración pesada, flemática, con silbidos de fuelle perforado. Es Pessoa, enfermo, con el hígado deshecho, en el comienzo de un ataque cercano al delirium tremens. Una luz cenital aclara la silueta del hombre que tiene dificultades para mantenerse parado y que siente que ha sobrevenido el final. Tiene 47 años y la certeza que se encuentra ante lo inevitable.

El hombre, enfundado en su gabardina, trastabilla, se arquea un poco, da unos pasos y cae luchando con el dolor hepático. Ha bebido unos tragos de más y estaba advertido, los médicos se lo habían dicho. Quizá eso era lo que buscaba: el abismo definitivo. El universo, en ese instante, le parece una oquedad silenciosa, insondable.

FERNANDO PESSOA:

I know not what to-morrow will bring

Todo él padece una sucesión de estremecimientos convulsivos. Su sombrero ha caído al suelo. La agonía tiene sabor acre. Siente que lo ahoga un prolongado eructo. En su cabeza resuena una vieja tonada portuguesa, *La bella infanta*, que cantaba en su infancia, con su madre María Magdalena y con su tía María Xavier.

Su cabeza está revuelta, el cerebro febril genera imágenes: acuden los fantasmas, emergen sus amigos cercanos, los que viven dentro de él mismo, aparecen en la penumbra azulosa. Cada uno va con gabardina y sombrero. El mar se escucha, rebota en su cráneo. Los heterónimos mueven hojas de papel, producen sonidos de oleaje, revuelven poemas.

Pessoa se queda quieto un instante, recobra ánimo, ahora se percibe liviano, se levanta y camina a lo largo de un pasadizo de luz. Los heterónimos le hacen calle de honor y mueven las hojas como flamas al viento. Los heterónimos friccionan las hojas, que se escuchan como una lluvia persistente. Murmuran de manera simultánea.

Pessoa transita por el umbral de la vida, donde termina la existencia y se inicia la muerte. Es el iniciado de su propio delirio. No tiene prisa, ni apego, ni malestar alguno. Solo su sombrero le hace sentir que está en la tierra, que aún no ha muerto. La brisa le amenaza el sombrero, entonces lo siente aferrado a su cráneo. Quisiera mirar atrás, ver los pasos recorridos, pero ya no hay tiempo para impedir que su hado termine en este mundo. Solo debe dar un paso y todo habrá terminado.

Los heterónimos lo siguen, conforman una imagen, todos con sombrero y gabán, vestidos como el Pessoa original. Un haz de luz brillante se precipita en el fondo del escenario, como una cascada esplendorosa. Pessoa y sus compinches se contrastan en relación a la luz, de espaldas al proscenio, como una pintura viviente, mirando el fondo iluminado, diseñando una silueta de sombras. Todavía le quedan algunos espasmos de vida.

SEGUNDO ESPASMO: TERTULIA DE FANTASMAS

La memoria que quiere ser ignorada por el poeta, le hace trampa a lo que queda de voluntad personal. Pessoa quisiera caer en un abismo blanco, insondable, pero los recuerdos lo aprisionan, se manifiestan en los últimos instantes de vida. Está delirando, agoniza y vienen a su conciencia imágenes reiterativas donde él mismo se multiplica y es uno y es muchos.

Los heterónimos transmiten tensiones contenidas y se desplazan agitando los papeles, golpeando las hojas, sacándoles sonidos y ritmos entrecruzados que hablan de diversidad y confrontación de criaturas imaginarias que se tornan reales.

RICARDO REIS:

En este crepúsculo de las disciplinas, las creencias mueren y los cultos se cubren de polvo, nuestras sensaciones son la única realidad que nos queda.

ALEXANDER SEARCH:

Pertenezco a una generación que perdió todo el respeto por el pasado y toda la creencia o esperanza en el futuro.

BERNARDO SOARES:

Convalecemos, enfermos terminales del espíritu. En general somos criaturas que no aprendemos ningún arte u oficio, ni siquiera el de gozar de la vida. La vida se nos va pudriendo en la rutina.

ALVARO DE CAMPOS:

Mi vida es una fiebre perpetua, una sed siempre renovada. La vida real me desazona como un día de calor. Prefiero la turbulencia de las calles que la calma chicha de las oficinas.

ALBERTO CAEIRO:

El asunto consiste en no querer comprender, no analizar, no justificar... Basta con verse como se ve la naturaleza: mirar sus impresiones como se mira un campo, en eso consiste la sabiduría. Sin agregar nada, sin suprimir nada.

En el fondo, iluminados a contraluz, Pessoa y sus personalidades sugieren las tensiones de la inercia, la quietud en el movimiento. Son uno y no están de acuerdo. Pessoa siente que las voces que controvierten estallan en su cabeza. Pero no se descompone, aparta con las manos las imágenes fantasmales, se aleja de ellas y piensa que muchas cosas quedaron inconclusas: Libros, amores, proyectos y unos cuantos litros de absenta.

FERNANDO PESSOA:

Soy un evadido desde que nací, me encerraron dentro de mí. Sí, pero me escapé. Mi alma me busca pero me doy a la fuga. Y así me escondo tras la puerta, para que la realidad cuando entre, no me vea. Tengo una incertidumbre: ¿El alma está encerrada en el cuerpo o el cuerpo es prisionero del alma?

Los heterónimos rodean a Pessoa, luego le reclaman y se desplazan y discuten enfebrecidos, hasta que se reúnen en una especie de tertulia de fantasmas que murmuran traslapando expresiones y versos.

ALBERTO CAEIRO:

Todo el mal del mundo viene de torturarnos los unos a los otros. A mí me basta con mi alma y la tierra y el cielo. Mi alma es como mi camisa, limpia y sencilla, extendida en un tendedero, acariciada por el viento.

RICARDO REIS:

Somos extranjeros allí donde pisamos. Somos extranjeros allí donde moramos. Mi exilio interno me lleva a ningún puerto y el placer de los sentidos libera mi pensamiento.

ALEXANDER SERCH:

Vemos sombras, sentimos sombras, nunca luz y color. Somos frutos de oscuridad, reflejos opacos de algo que no fuimos.

ANTONIO MORA:

El final es el comienzo y estamos retornando a un nuevo paganismo, tal vez para no sucumbir a la decadencia que nos rodea.

ALVARO DE CAMPOS:

El alma que hay dentro de mí es expresiva y musical. La única realidad, son mis sensaciones. Yo soy una sensación mía. Por eso creo que es necesario sentirlo todo de todas maneras. Sentirlo todo excesivamente, porque todas las cosas son, en verdad, excesivas, y toda la realidad es un exceso, una violencia.

BERNARDO SOARES:

Yo tengo que escoger lo que detesto, el sueño que mi inteligencia odia, la acción que a mi sensibilidad repugna, la acción para la que no nací o el sueño para el que no ha nacido nadie.

Pessoa real se aparta y se coloca en otro ángulo del escenario. No quiere contrariar a los heterónimos; esta vez, trata de escucharlos, de interpretarlos, para discernir sus ideas, sus frases, los distintos acertijos metafóricos que sugieren. Medita, escribe con febrilidad y el sonido de las teclas de la máquina lo acompaña, como si se tratara de

una melodía que siempre le mueve lo más entrañable, lo único y lo distinto. Por fin Pessoa va hacia donde están los heterónimos. Lo reciben, le ofrecen el espíritu del duende verde, una botella de absenta.

A cada heterónimo Pessoa le entrega hojas de versos, le define ideas. Cada heterónimo reacciona distinto. Leen sus escritos, al tiempo, intercalando tonos y matices.

ALBERTO CAEIRO:

*Loado sea Dios porque no soy bueno
y tengo el egoísmo natural de las flores
y de los ríos que siguen su camino
preocupados, sin saberlo,
solo en florecer y correr.*

RICARDO REIS:

*No tengas nada en las manos,
siéntate al sol. Abdica
y se rey de ti mismo.
Haz que tu corazón sea digno de los dioses y deja
que esta vida incierta sea lo que es.
Lo que te ocurra
acéptalo.*

ALEXANDER SERCH:

*La vida sutil y desesperada se agota antes de tiempo.
Cuando nacemos somos lanzados al mundano laberinto,
se nos escapa el aliento tras las huellas de lo inexistente
y desfallecemos sin darnos cuenta que ya no existimos.*

ALVARO DE CAMPOS:

*Me vestiré de estrellas para disfrazarme
y llevaré un sol como sombrero de paja,
exhibiré encajes fastuosos de mujerzuela
para bailar en el carnaval de ultratumba.*

BERNARDO SOARES:

*Mis sueños son un refugio estúpido, como un paraguas contra un rayo. Fui el
corredor que cayó a un paso de la meta, tras haber ocupado la primera posición
durante toda la carrera. Mi vida es como si me golpearán con ella.*

ANTONIO MORA:

*Los dioses no han muerto: lo que pasa es que estamos ciegos, endémicamente
ciegos.*

Afloran las diferencias entre las personalidades de Pessoa y las dificultades que tienen para ser heterónimos de alguien como él, agobiado por múltiples crisis a la vez, como si una multitud de contradictores intentaran diferenciarse, cada vez más, de quién los ha creado.

Fernando Pessoa se angustia, corre, escapa. La luz se desvanece y resurge reflejando otro ambiente.

TERCER ESPASMO: EL DIA TRIUNFAL

Rapto, arrebatado, sensación interior impulsiva que se desata, eso es lo que hace temblar a Pessoa cuando recuerda a su maestro, Alberto Caeiro, creado por el mismo, importante en su instrucción como poeta y como ser humano. Un maestro joven, de corta vida, desprovisto de pretensiones.

Los heterónimos y Pessoa andan por ahí, en noche bohemia y en una encrucijada de callejones, se encuentran con el fantasma de Alberto Caeiro. Los versos emergen, se vuelven sonido, resonancia, coro, dialogo.

ALBERTO CAEIRO Y LOS HETERONIMOS:

*Hola Guardador de Rebaños,
Ahí al borde del camino,
¿Qué te dice el viento que pasa?*

*Qué es viento, y que pasa,
Y que ya pasó antes,
Y que pasará después
¿Y a ti que te dice?*

*Mucho más que eso,
Me habla de muchas otras cosas,
De recuerdos y de saudades
Y de cosas que nunca fueron.*

*Nunca oíste pasar el viento.
El viento solo habla del viento.
Lo que le oíste es mentira,
Y la mentira está en ti.*

PESSOA:

Cuando estaba escribiendo el Guardador de Rebaños mi alma temblaba con otro sentir, con una voz distinta a la mía. Fueron estremecimientos reveladores, me sentí poseído por el impulso de la poesía.

CAEIRO:

Estoy muerto, asfixiado por la angustiada presión de lo inevitable. Ya no te puedo comprender, ni me interesa.

PESSOA:

Maestro, usted surgió desde adentro, escuché sus latidos, intérprete sus versos, le di un nombre, sin dudarle, como si alguien me lo estuviera dictando.

CAEIRO:

Malos entendidos que te impidieron enfocarte en lo tuyo, en tu obra personal. Te dispersaste en varios que no eras.

PESSOA:

Quise que muriera joven, como mi padre. Ambos, progenitor y maestro, fueron consumidos por la tuberculosis. Duplique mi desamparo: la orfandad de la sangre y la orfandad del conocimiento.

CAMPOS:

Razonas demasiado Pessoa, tiendes a la lógica. Eres interesante pero saturas con tu sufrimiento. Por eso no eres recomendable.

PESSOA:

Después de Caiiro reconocí otras voces que soy yo mismo.

CAMPOS:

No sé cómo puedes decir que somos el mismo si somos tan distintos

PESSOA:

Yo era el medio para que ustedes se expresarán y pudieran adquirir una existencia literaria.

REIS:

Te equivocas Fernando, no necesitamos de ti, tú necesitas de nosotros.

CAEIRO:

No me interesan tus versos, me impiden liberar el alma. El propósito de un espíritu es dejar de ser para siempre.

LOS HETERONIMOS:

¡Adiós Guardador de Rebaños! ¡Pastor de sueños!

Alberto Caeiro, tranquilamente, se despide y se tiende, tosiendo un poco, hasta quedar inerte.

Pessoa delira: se esfuman los fantasmas y los heterónimos se pierden en la bruma del trasfondo del escenario. Pessoa vibra, ha creado (procreado) a Alberto Caeiro, lo ha dejado en reposo y ahora quiere seguir escribiendo

FERNANDO PESSOA:

Atraviesa este paisaje mi sueño de un puerto infinito

Y el color de las flores tiene la transparencia de las velas de grandes

Navíos.

Que largan del muelle arrastrando en las aguas por sombra

los rostros al sol de aquellos árboles antiguos...

El puerto que sueño es sombrío y pálido

y este paisaje está lleno de sol hacia este lado...

Pero en mi espíritu el sol de este día es puerto sombrío

y los navíos que salen del puerto son estos árboles al sol...

Al poeta, en ese momento, liberado de sus semejantes, la existencia le parece una línea sesgada, un plano inclinado, una caída constante.

FERNANDO PESSOA:

Tengo una extraña satisfacción, creativa, inagotable y me siento portentoso como un dios que sueña y soy capaz de ser el sonido infinito de una sílaba, la magia secreta de una palabra, el golpe de lumbre que llega junto a mí y me habita y pasa al otro lado del alma, como una lluvia sesgada que me hiere y me deja el trazo dulce del dolor. Siento saudade por el barco lejano de un sueño de infancia.

Pessoa queda en silencio. Una pelota blanca atraviesa el escenario, saltando, como un recuerdo que escapa. Resuena la máquina de escribir y lentamente la oscuridad pasa por el escenario y sigue de largo.

CUARTO ESPASMO: NO SE CUANTAS ALMAS TENGO

Vuelve la recaída del delirium, Pessoa entra en crisis, se estremece de dolor, se asfixia, sus pulmones silban. Los heterónimos se ven afectados por la agitación vertiginosa que vive el poeta. Responden con sus propios movimientos, se desencadenan crisis entre las diferentes personalidades del poeta.

Pessoa tiembla, se siente mal, como si el mundo se hundiera bajo sus pies, como si el universo girara alrededor de su cabeza. Los heterónimos agitan las hojas de papel de manera constante y reiterada. Hay consonancia entre el temblor de hojas de papel y los gestos y las acciones menudas del poeta. Pessoa es el coreuta y los heterónimos el corifeo.

Son las voces y los sonidos de las hojas de papel las que resuenan. Los heterónimos se mueven alrededor de Pessoa, en círculos, como satélites alrededor de un planeta que se incendia. Luego se unen y conforman una fogata de sonidos que se eleva, como una hoguera al viento, sacando una columna de murmullos que se eleva como humo. Es el ritual del verbo hecho acción, entre los heterónimos y las hojas de papel.

FERNANDO PESSOA:

No sé cuántas almas tengo y cuántos abrigos requiero para dialogar con el invierno. Me marcho con mi cortejo imaginario. No es suficiente la fiebre y los clamores del verbo para mejorar la temperatura de un cuerpo que perece.

Pessoa se flagela, se siente culpable de algo, se fustiga y todos los heterónimos entran en crisis y lo imitan, se flagelan, golpeándose con los manojos de hojas, como abofeteándose por una culpa no redimida. Pessoa se detiene, queda inmóvil, todos se detienen a la vez.

RICARDO REIS:

No sigas, me duelen la cabeza y el universo, el pasado y el aparente futuro.

ALVARO DE CAMPOS:

Pessoa eres medido y como poeta no corres el riesgo de la fuerza ciega que se concentra en cada sílaba.

ALEXANDER SERCH:

Me diferencio de ustedes, no tengo necesidad de confrontación, de antemano estoy derrotado y no tengo necesidad de estímulos, el opio lo tengo yo en el alma.

ALBERTO CAEIRO:

Prefiero el sagrado instinto de no tener teorías y acepto los ciclos imprevisibles del camino. Lo demás es subjetivo.

BERNARDO SOARES:

Cuando los escucho me siento tan solo que percibo la distancia entre mí y mi traje.

FERNANDO PESSOA:

Es el cansancio de todas las hipótesis, Bernardo, es el peso de las erosiones interiores, el hastío de lidiar con las dificultades más usuales.

RICARDO REIS:

Lo único que me molesta de tu agonía es que vamos a morir cuando tu mueras.

FERNANDO PESSOA:

Quien tiene alma no tiene calma y me habitan almas insatisfechas que se incineran en su propia hoguera.

Pessoa va hacia los heterónimos y cuando se acerca, ellos le dan la espalda, lo desconocen. Son arrogantes y susceptibles. Pessoa, que se queda estupefacto. Pessoa,

molesto, con dolor de cabeza, se adelanta y los heterónimos quedan atrás, en el plano de fondo.

FERNANDO PESSOA:

He caído en un abismo hecho de tiempo. No estoy alegre, no estoy triste, todo me es indiferente.

ALBERTO CAEIRO:

Estás hablando solo, como un fantasma. Sientes miedo de lo que está pasando.

FERNANDO PESSOA:

No es miedo, es el vértigo de los acontecimientos.

RICARDO REIS:

Quieres poco, tendrás todo, quieres nada, serás libre.

Los heterónimos conforman una línea de coro, agitan las hojas, mueven la marea interior de Pessoa que en un contra plano sigue reaccionando con los signos de su cuerpo. La marea interior crece, la agitación de los heterónimos afecta al poeta que habla y tiembla como poseído por distintos espíritus. Los heterónimos se desplazan, ondulan las hojas en el aire, contra el suelo, entre si y multiplican las sensaciones de oleajes emocionales que remueven el alma de Fernando Pessoa.

Pessoa y el coro de heterónimos se ubican en ángulos opuestos, forman líneas, juegan a crear tensiones imaginando una especie de imán que los reúne y una fuerza opuesta que los aleja. Son dos polos que se repelen y se atraen.

El coro enarbola las hojas y se suscitan acciones físicas entre distintos puntos de vista. Es como una revuelta de heterónimos: una agitación por dentro de Pessoa. Los heterónimos se exasperan. Reis, Search y Soares se retiran, un poco molestos. Campos y Caeiro, de manera sorpresiva, lo arremeten y le agitan las hojas, los poemas, los versos, en la cara, en el cuerpo, como si le espantaran los miedos. Lo dejan solo,

inmensamente desolado, vacío de sí mismo. El delirium no cesa, los dolores hepáticos aumentan de manera intermitente y el alma cae en el torbellino de lo incierto. Pessoa no distingue entre lo real y lo soñado. Sobrevienen convulsiones y la pelea tenaz por mantenerse consciente le da la persistencia necesaria

FERNANDO PESSOA:

Llevo conmigo la conciencia de la derrota como un pendón de victoria. Algo como un recuerdo de mi muerte futura me estremece desde adentro. Me siento como un átomo del fin del mundo.

QUINTO ESPASMO: LOS BUENOS CONSEJOS

Tres mujeres aparecen, emergiendo de la penumbra y se proyectan en una imagen protectora. Una trinidad femenina, la triple Diosa, una deidad que Pessoa, en sus devaneos delirantes añora, en ese momento, cuando todo se fuga.

En un plano de fondo: María Magdalena, la madre; la Tía Anica, hermana de la madre y la tía María Xavier, tía de la madre, como salidas de un sueño, como integradas a una película surrealista, las tres arrojan hojas que planean, cartas que caen al aire y llegan suavemente al piso. No dejan de arrojar cartas, mientras van hablando al mismo tiempo. Le hablan a Fernando desde la razón y el afecto, le dan buenos consejos, le cuentan cosas de familia, le hacen comentarios sobre el rumbo que deben tomar sus pasos. Hablan de manera casi simultánea, dejando entreverar frases, como si hablaran con él personalmente. En crescendo, hasta alcanzar un clímax delirante.

En otro plano, cerca al proscenio, Pessoa, pasa, una tras de otra, cartas de las tres mujeres, tratando de ordenar en su cabeza lo que intenta leer, como en un sueño adverso.

MARIA MADALENA:

Fernando te envió esta carta, espero que te encuentres bien.

ANICA:

No olvides que hace falta cultivar la inteligencia.

MARIA XAVIER:

El tío Cunha habla siempre de ti, eres como un hijo.

MARIA MADALENA:

Te mando besitos, los hermanos quisieran jugar contigo.

ANICA:

Lo que pasa es que la tía Rita se preocupa por tu futuro.

MARIA XAVIER:

¿Y tu madre cómo está, te ha escrito, cómo están tus hermanos?

MARIA MADALENA:

Soñé contigo, hijo, ¿cómo está Lisboa, cómo son tus días?

ANICA:

Dile que Lisboa no existe, se ha derrumbado como un sueño de naipes.

MARIA XAVIER:

En Lisboa por las calles caminan fantasmas, querido sobrino, un día ya no veremos nuestro rostro en el espejo.

MARIA MADALENA:

Fernando, Fernando, el niño de su mamá...

Las tres voces femeninas se confunden en el cerebro enfebrecido de Pessoa, que delira sin sosiego

FERNANDO PESSOA:

Lisboa no existe, mamá, Lisboa se desplomó para siempre. Colisiones estelares movieron las placas del continente y estallaron las grandes rocas subterráneas. Lisboa no existe, solo quedan las ruinas, las almenas de niebla, las piedras y el rumor del Tajo, su música silenciosa, el misterio sin tiempo.

Una cuarta mujer aparece en el delirio del poeta: la tía Rita, la mayor, tía de la madre y hermana de María Xavier; se ve más anciana, vestida de negro, enojada con Fernando.

TIA RITA:

No tiene talento para los negocios, Fernandito, Termine una carrera, vuélvase útil y busque un trabajo decente, que le de prestigio y le permita sostener una familia.

FERNANDO PESSOA:

Tía Rita, Tía Anica, Tía María, yo si trabajo, soy corresponsal extranjero, redacto y traduzco cartas comerciales en inglés, francés, portugués.

TIA RITA:

A mí no me gusta verlo por ahí, sin hacer nada, solo leyendo y perdiendo el tiempo. Haga algo por usted mismo, ayúdese. ¿No entiendo por qué renunció a la universidad? ¡Pobre su mamá, llena de ilusiones! Usted, perdió el juicio, Fernandito, recapacite mi niño.

FERNANDO PESSOA:

He trabajado para la firma Lavado, Pinto y Compañía, y para la Sociedad Anjos y Compañía en la Calle Franqueiros y me conocen en otra oficina, en la plaza de Corpo Santo.

Rita se agita, tiembla, al borde de un ataque de neurastenia. Las mujeres siguen hablando, como repitiendo cartas a Fernando, que se desespera y gira y se siente a punto de estallar. Respira, respira, se tranquiliza, retrocede. Ya sabe que no lo comprenden.

FERNANDO PESSOA:

No tengo horarios fijos, no me gusta ajustarme a la rutina, yo escribo tía, yo escribo.

Las cuatro mujeres se adelantan, como si estuvieran reunidas en la misma casa, recogen las hojas que están en el piso, las cientos de cartas que intercambiaron con ese pariente con tan poco seso para llevar una vida normal. Mientras organizan las hojas y ponen orden a una habitación imaginaria, hablan de Fernando.

TIA ANICA:

Nunca aprendió a organizar sus prendas, jamás entendió que hay un sitio para cada cosa.

TIA MARIA XAVIER:

Fernando, son hermosas tus cartas y tus poemas me conmueven.

MARIA MADALENA:

Yo lo amo, me siento orgullosa de su talento y hay un cierto remordimiento en mi conciencia cuando pienso en su destino.

TIA RITA:

Paciencia, María Magdalena, paciencia, aún puede ser magistrado o profesor en Coimbra.

Las tías se lamentan y la madre sufre. Luego, se retiran, casi imperceptibles. Pessoa se siente ebrio, no pierde el equilibrio controlado, se queda en silencio, se quita el abrigo escucha voces y, de súbito, alguien golpea la puerta de su habitación. Son los heterónimos que lo buscan, para que vayan a beber, porque sin licor no existiría ni el amor ni el desamor. Le hablan, al otro lado de la puerta.

ALVARO DE CAMPOS:

Vamos Fernando, la noche nos convoca.

RICARDO REIS:

El deleite está en el misterio de las calles.

Alguien, en off, patea la puerta. Un instante de silencio.

PESSOA:

¡Si continúan golpeando la puerta soy capaz de tumbarla primero!

ALBERTO CAEIRO:

No solo eres un simulador, eres ridículo, te falta convicción.

ALVARO DE CAMPOS:

Eres el niño de su mamá. La oveja camaleónica de la familia.

RICARDO REIS:

¡Salud!! Por Antonio Chiado! Un antepasado...

ALVARO DE CAMPOS:

¡Salud por Antonio Botto el apasionado!

Se encuentran, se abrazan, ríen y celebran entre bromas y versos.

SEXTO ESPASMO: LA ABUELA DIONISIA

Fernando Pessoa tambalea, de nuevo lo afecta el cólico hepático que lo parte por dentro, que lo arquea y lo hace desear que de una vez se cumpla el plazo de la agonía. Respira fuerte, suda copiosamente, siente frío, se arrodilla, tiembla. Está al borde de perder el sentido, cuando escucha la voz de la madre que lo llama con insistencia. Dejan de escucharse las voces de los heterónimos. Se oye la voz de la mamá, en la época de la infancia.

MARIA MADALENA:

Fernando, acompaña a tu abuela para que tome el sol, ven Fernando.

Pessoa se escabulle, gira, quiere zafarse del recuerdo, se reubica en distintos planos del escenario y escucha con algo de estupor el desarrollo de la conversación entre la madre y la abuela Dionisia, loca, enferma de la mente y del cuerpo, que siempre le duele.

DIONISIA:

Me gusta caminar, atravesar el Largo de San Carlos, subir las escaleras del teatro y recordar la bella época, cuando era joven y mi marido me invitaba a escuchar los mejores cantantes de ópera que pasaban por Lisboa.

MARIA MADALENA:

Esta casa está llena de significados. A Fernando le gusta jugar pelota frente al teatro. También juega con un perro azul, un caballo verde y un jockey amarillo. Fernando es feliz teniendo la plaza como patio.

Fernando escucha, siente como se desdobra la memoria: los niños del pasado juegan y cantan *La bella infanta*. Dionisia, se molesta, algo le ocurre en su percepción de las

cosas, deja de ser la abuela apacible y enfermiza y sus gestos se alteran y su mirada se torna iracunda y cambia de brillo. Es otro ser, con una personalidad fuerte y temperamental.

DIONISIA:

¡Basta Fernando! ¡Vete! Me molestan los gritos y la bulla que hacen cantando y jugando. ¡Fernando vete a tu rincón o llamo a tu padre, él está muerto pero el fantasma puede venir a reprenderte, Fernando, tu padre te está mirando! ¡María Madalena! ¡María Madalena! ¡Saquen a esos niños de mi cabeza, saquen a esos niños, quiero descansar en paz!

El foco se concentra en la crisis de la abuela Dionisia, los niños van dejando de ser niños y reaparecen como adultos, unos vestidos como hombres, de civil y, otros con atuendos que evocan lo militar. Es como si la abuela Dionisia volviera a ver a su marido marchando al son de la misma canción que cantaban los niños: La bella infanta. La música, los niños, los militares, la marcha, todo, todo, gira en la cabeza de Dionisia que ya no puede con sus nervios y grita demente y agresiva.

DIONISIA:

Para qué sirven los maridos si solo piensan en la guerra. La felicidad no usa charreteras. Mi marido se murió cuando más lo necesitaba, cuando más lo quería tener a mi lado. María Madalena callen a esos niños, no quiero escuchar más voces en mi cabeza. ¿María Madalena, es esto la muerte o estamos extraviadas?

La madre de Pessoa apacigua a la suegra loca, la peina, la comprende quizá.

DIONISIA:

Este silencio, este vacío, no estar con nadie y estar rodeada de fantasmas, entre cuatro paredes, ¿es esta la muerte María Madalena? Dónde está tu marido, mi hijo querido, mi niño con tisis, no escucho su tos de moribundo. María Madalena, qué está pasando en Lisboa, oigo voces, escucho quejidos de muertos arrojados al río, María Madalena, me estoy quedando ciega, no quiero ver, no quiero escuchar.

Algunos cuerpos caen, se arrastran, quedan inmóviles. Son las imágenes de un ambiente de revueltas constantes. Pessoa observa, distante: son las imágenes de su delirio, el recuerdo del niño y del adulto, mezclados, al mismo tiempo. Dionisia grita, grita, horrorizada y furiosa, completamente descontrolada.

MARIA MADALENA:

Cállese abuela, cállese, por favor.

DIONISIA:

¡Qué me calle! Jamás voy a callarme, ni siquiera estando muerta, sepan que Dionisia Estrela de Seabra Pessoa no es una vieja loca. Se quieren quedar con la herencia que me dejó mi marido y que yo no puedo manejar porque me han diagnosticado como enferma mental, pero yo estoy más cuerda que tú María Magdalena que te casaste con un cadáver, porque mi hijo estaba muerto antes de nacer y tú lo sabías muy bien.

MARIA MADALENA:

¡Qué se calle abuela! No despierte a los difuntos, yo amaba a su hijo, usted lo sabe.

Dionisia cambia de personalidad, se hace pérfida e irónica y ríe con desparpajo grotesco. María Madalena está desesperada, se sale de casillas.

DIONISIA:

María Magdalena mientes, mientes, como yo que me aburría en la ópera y decía que me gustaba y siempre terminaba roncando en un palco del Teatro. Yo hacía fiestas imaginarias y me gustaba que vinieran los gitanos con sus cantos y sus bailes.

María Magdalena se arrodilla y le implora a Dios que tranquilice a la suegra que ha decidido cuidar como si fuera su propia madre. Pessoa adulto mira, estupefacto, estoico, ante las dos mujeres que rigen su existencia. El niño Fernandito, angustiado se tapa los oídos, mientras una troupe de gitanos cantan y bailan alrededor de la abuela, como una aparición de locos que renueva el ambiente y produce un contraste doloroso con los ruegos de María Magdalena, con la Euforia de Dionisia deslenguada y completamente loca, con las reacciones nerviosas del niño Pessoa que no quiere oír nada y llora a trancones, como si fuera asmático y se ahogara, mientras su abuela lo fustiga con palabras y palabras que maltratan y golpean los tímpanos del niño asustadizo.

DIONISIA:

Fernando, nieto mío, los gitanos se llevan a los niños y los venden en Hungría y en Flandes o los cambian por telas y perfumes en la ciudad de Amberes. Te voy a regalar a los gitanos, Fernando, tú vales menos que una camisa que nadie usa. Eres delgado y triste como un animal enfermizo. ¡Qué te lleven los gitanos a ver si te alegras un poco!

Fernando adulto observa, Fernando niño, asustado, cierra los ojos y los gitanos se esfuman, desaparecen y sus cantos se van alejando hasta el silencio.

FERNANDO PESSOA:

¿Abuela porque no tienes dientes?

DIONISIA:

Porque estoy muerta nieto mío... Fernando no te van a llevar los gitanos, ellos son un recuerdo que pasó bailando de prisa; mejor te vas conmigo niño, yo te voy a llevar a visitar al abuelo.

Dionisia se esfuma en la oscuridad. El niño Pessoa retrocede asustado, mientras la madre acaricia al Pessoa adulto que recuerda y llora en silencio, conmovido. En el delirium de Pessoa, la memoria es un juego de planos temporales, de imágenes que suceden en los espejos de la mente. Pessoa da un paso y se encuentra de frente con el niño que había sido alguna vez en la vida.

El niño se sorprende, se asusta e involuntariamente deja caer una hoja que lleva en la mano. El niño corre a los brazos de María Madalena, que intenta tranquilizarlo. Pessoa adulto recoge el papel y sigue caminando. El niño calca la imagen que hace unos momentos componía el Pessoa adulto en los brazos de la madre.

MARIA MADALENA:

*Fernando debes estar tranquilo, mamá se ha casado y tiene un esposo que no es tu padre, un hombre bueno que nos cuidará. Papá no vive, no volverá nunca más.
¿Entiendes Fernandito?*

Fernando adulto mira y con la hoja en la mano lee el poema a mi querida mamá. El niño lo recita a María Madalena, simultáneamente.

FERNANDO PESSOA:

A mi querida Mamá.

Tierra de Portugal

¡Oh querido país natal!

Aunque lo amo de todo corazón

A ti te amo mucho más

La madre lo abraza, lo toma de la mano y salen de escena. Pessoa adulto se refriega los ojos, no da crédito a las imágenes del delirio, tiene conciencia que la mamá está muerta y que él ya no es un niño. Saca del bolsillo un reloj, mira la hora y se echa a andar por las calles de la ciudad.

SEPTIMO ESPASMO: PORTUGAL ARDE POR DENTRO

Con el sonido de las hojas de papel y las pisadas en el escenario se genera un ambiente de tensión. Pessoa se desplaza, inquieto, curioso. Un grupo de hombres aparece esgrimiendo las hojas como banderas de protesta. Pessoa se confunde con la gente, no protesta, solo observa. Se refunde y de manera imperceptible cambia las gafas y se coloca unos lentes oscuros. También modifica la manera de llevar el sombrero.

ABILIO CUARESMA:

Portugal es un país de pesquisas no resueltas, de crímenes confusos y misterios que se remontan a tiempos inmemoriales. Soy detective privado, aficionado a los relatos policíacos y periodista ocasional. Conozco bien a Fernando Pessoa, lo he seguido durante años. Un tipo inteligente y desequilibrado, que presume de caballero. A pesar de sus razonamientos lógicos, poco tiene que ver con la cordura. Me concibió una tarde aburrida cuando ya no tenía crucigramas para resolver.

La noche cierra puertas y ventanas y la gente se asoma a través de las hendidias o detrás de las cortinas. Hay voces de alarma y un hombre corre y golpea puertas y pide que le abran, que lo salven que están matando gente. Hay desplazamientos de alarma, gente que huye, puertas que se abren y se cierran. Abilio Cuaresma se camufla y vuelve a ser Fernando Pessoa, con sus lentes normales, de marco redondo.

Pessoa observa una manifestación que se desdobra en vivas y aplausos. Se abre una calle de honor, y aparece, carismático y solemne, Sidonio Pais. El presidente militar que camina entre su pueblo. La gente lo mira con respeto y devoción. El líder saluda con optimismo victorioso. Es un cuadro cercano a lo épico. Pessoa percibe a Sidonio Pais como presidente-rey, una especie de redentor histórico.

SIDONIO PAIS:

Tengo respuesta para la crisis que ha socavado los pilares de Portugal. Como jefe de Estado, elegido por el pueblo y para el pueblo, mantendré el orden, preservaré el imperio de la ley hasta consolidar la república. Estoy en el deber de garantizar seguridad y bienestar, como en una gran familia unida alrededor del país imperial que somos. Soy el padre de la nación y la madre es la historia, la única reina de los acontecimientos.

De súbito, en el centro de la solemnidad, resuenan disparos y Sidonio Pais cae de manera fulminante. En el desorden otros caen, se arrastran o corren y gritan. Pessoa está estupefacto, no logra reaccionar ante las visiones del magnicidio. La gente se altera, se desplaza, sufre, se exalta, muestra impotencia y miedo.

Los seguidores del líder muerto se reúnen ante el cuerpo de Sidonio Pais, le rinden honores.

La gente lo despide agitando las hojas en blanco. Hay dolor y revuelta en el ambiente.

FERNANDO PESSOA:

Heroísmo y gloria son las divisas de un hombre que es precursor de una nueva era en Portugal. Heraldo del príncipe encubierto, hombre de armas y de gobierno, fue sometido al escarnio de la muerte. Estaba trazando el rumbo y truncaron su destino.

BERNARDO SOARES:

Con todo el respeto que usted me despierta, le confieso que siento un profundo y tedioso desdén por todos cuantos trabajan en pro de la humanidad, por todos cuantos se baten por la patria y dan su vida para que la civilización continúe.

FERNANDO PESSOA:

Me parece que la democracia moderna es una orgia de traidores. Nuestra civilización es orgánicamente individualista. Lo real es la leña que arde, la fe es la llama.

BERNARDO SOARES:

Siento desdén por los que desconocen que la única realidad para cada uno es su propia alma y el resto, el mundo exterior y los otros, son una pesadilla, una indigestión del espíritu.

FERNANDO PESSOA:

Pienso en el destino glorioso de Portugal, en el retorno simbólico del Rey don Sebastian.

BERNARDO SOARES:

Que Don Sebastian venga o no venga no desdice de la historia, tal vez la niega, porque ningún héroe se libra de la corrosión. Ni los ídolos ni los acantilados soportan las dentelladas de la boca del infierno, del mar del tiempo.

La gente se desplaza y el ritmo de las pisadas va marcando el sentimiento de una masa de gente furiosa, inconforme, que busca cauce y que necesita una causa. El ascenso de una inclinación militarista comienza a acentuarse y se expresa en la manera de marchar, haciendo sonar las pisadas, copando todo el escenario, con fuerza y compás.

De súbito, se detienen y respiran. Fernando Pessoa se coloca una página en el rostro, como una máscara sin rasgos, como si fuera la figura de la misma muerte. Hay un coro de cuerpos sin rostro, con páginas en blanco en vez de caras, que se va conformando: es la multiplicación de las máscaras, de las páginas, de los seres imaginarios que siempre lo acompañan.

Todos se alejan lentamente, Pessoa queda solo, irremediablemente solo. Parece su estado natural. Solo y desconcertado.

OCTAVO ESPASMO: LA ENCRUCIJADA DE LO DIVERSO

Pessoa se refunde en el abrigo, se acoge a la penumbra y camina por las calles de ensueño de Lisboa, de luz tenue y ambarina. En el plano de fondo los heterónimos se cruzan, como recorriendo callejones, en uno y otro sentido. Pessoa camina del proscenio al fondo del escenario, por un callejón imaginario. Los heterónimos lo acechan, con cierto aire de disimulo. Cuando lo tienen al alcance de la mano lo rodean, lo acosan, lo retan y terminan forzándolo para que los escuche.

ALVARO DE CAMPOS:

Soy demasiado amigo de Fernando Pessoa para hablar bien de él sin que me sienta mal. La verdad es una de las peores hipocresías a que obliga la amistad.

RICARDO REIS:

De una vez por todas queremos hablar contigo, sobre nosotros, saldar dudas acerca de una relación contradictoria. Siempre hablas con ambigüedad, nos evades con frecuencia. Sospecho que mientes y yo abomino de la mentira porque es una inexactitud.

FERNANDO PESSOA:

Inventé varias personalidades. Desde niño me sentí relacionado con seres imaginarios que fueron más reales que la propia realidad. Yo soy el creador de mis semejantes.

ALVARO DE CAMPOS:

Estas equivocado, no somos personajes en busca de autor, no somos huérfanos queriendo ser adoptados por un padre. Somos criaturas y cada uno tiene una o varias personalidades. Más que la semejanza contigo prefiero las diferencias.

FERNANDO PESSOA:

Creo personalidades constantemente: cada sueño mío pasa a encarnarse de inmediato, en otra persona que pasa a soñarlo y que ya no soy yo. Soy la escena desnuda por donde pasan varios actores representando diferentes obras.

BERNARDO SOARES:

Mi visión no es mía, es solo la del animal humano que heredó sin querer la cultura griega, el orden romano, la moral cristiana y todas las demás ilusiones que constituyen la civilización en la que mentimos.

RICARDO REIS:

Lo demás yace en ese punto de luz que llamamos sombra, el gran punto anterior a los dioses.

ALBERTO CAEIRO:

Bastante metafísica es no pensar en nada.

ALVARO DE CAMPOS:

Estamos de acuerdo maestro, eso es el sentido más puro del paganismo.

RICARDO REIS:

Esa es la luz que usted nos ha infundido.

ALVARO CAMPOS:

Maestro Caeiro usted no es pagano, es el paganismo. Ricardo Reis es Pagano, yo soy pagano; hasta Fernando Pessoa sería pagano si no fuera un ovillo devanado hacia adentro.

RICARDO REIS:

Para mí el personaje definitivo ha sido Caeiro y no Pessoa.

Caeiro y Campos se miran, se abrazan, dicen versos al unísono y cantan una vieja canción en la lengua antigua de los viñadores. Es el encuentro del maestro muerto, fantasmagórico, con el discípulo que se regocija. Giran, cantan, bailan festejando el conocimiento y la palabra. Es como si el destino del mundo girara en el viento, como si bailaran los signos y los tiempos. Giran poseídos por el señor de la música que es también el señor del universo. El hado flota en la nada, en el vuelo del alma...

RICARDO REIS:

Fernando, ve a la noche, húndete en la oscuridad del callejón del olvido, festeja con vino y poesía y vete bien lejos dentro de ti mismo.

FERNANDO PESSOA:

El destino es un sueño que cesa cuando la imaginación se detiene. La vida real me desazona como un día de calor. Prefiero la libertad de lo inesperado.

Los heterónimos se esfuman y Pessoa queda solo, al borde de caer doblado por el cólico hepático. No cae del todo, solo trastabilla, desorientado, buscando un asidero.

NOVENO ESPASMO: PESSOA Y CARNEIRO (PERSONA Y CARNERO)

Un nuevo ambiente ilumina el espacio con tonos ambarinos y azulosos, como la luz nocturna que se proyecta en las plazoletas de Lisboa. Entre innumerables hojas de papel, esparcidas por el suelo, como baldosines rectangulares, Pessoa piensa en el desafecto y sus cortantes filos.

Aparece el poeta Mario de Sá Carneiro, un poco ebrio, cantando sus versos, con el gabán en el hombro, alegre, exultante.

MARIO DE SA CARNEIRO:

*Para el día de mi muerte, quiero una fanfarria de cacerolas,
Saltos, cabriolas,
Golpes de fusta,
Acróbatas y payasos.
Que mi ataúd sea llevado por un burro
Con arnés andaluz...
A un muerto nada se le rehúsa,
¡Quiero absolutamente marcharme sobre un burro!*

Mario de Sá Carneiro ve a Fernando, se saludan y de manera eufórica. Sá Carneiro da vueltas alrededor de Pessoa, lo admira, lo observa con ironía. Gira la gabardina produciendo un torbellino que agita y dispersa las hojas en el escenario. La parte central queda despejada, como consecuencia de la fuerza centrífuga desatada por los círculos de aire. Los amigos se encuentran en la mitad, uno frente al otro. Pessoa agoniza y delira y Sá Carneiro está muerto, es un fantasma, que trasgrede las líneas de la muerte y en forma de recuerdo se le aparece al amigo.

MARIO DE SA CARNEIRO:

Fernando, me he perdido en mi propio laberinto. Siento saudade por la vida, me hacen falta las calles de París y los amigos.

FERNANDO PESSOA:

Mario, desde tu partida sufre mi corazón. Me convertí en un sueño triste, cubierto de niebla, sin ganas de ser.

MARIO DE SA CARNEIRO:

¿Qué son para mí los otros comparados con tu amistad? Nada, absolutamente nada.

FERNANDO PESSOA:

Ahora que estoy dejando la vida se que eres mi único confidente.

MARIO DE SA CARNEIRO:

Tengo una curiosidad ¿Tú percibes la presencia oculta de los espíritus?

FERNANDO PESSOA:

Lo supe la noche del suicidio mientras sufrías en París yo sentía dolores atroces estando en Lisboa. Bebía y lloraba; mis entrañas me decían que ya no existías.

MARIO DE SA CARNEIRO:

Lo siento, había dado lo que tenía que dar, ya no tenía porvenir.

FERNANDO PESSOA:

Cuando hablábamos éramos un par de almas apareadas.

MARIO DE SA CARNEIRO:

Por tu amistad lo daría todo, hasta mi secreto.

FERNANDO PESSOA:

No digas nada, no sirven las palabras, también estoy muriendo.

MARIO DE SA CARNEIRO:

Quería una fanfarria de cacerolas y me hundí en el silencio. La muerte estaba disfrazada de meretriz.

FERNANDO PESSOA:

Somos como hermanos siameses que no están unidos.

MARIO DE SA CARNEIRO:

No toquemos la vida ni siquiera con la punta de los dedos. No amemos ni con el pensamiento. Que ningún beso de mujer, ni siquiera en sueños, sea una sensación nuestra.

Sá Carneiro continúa su camino, entre la embriaguez y la angustia interminable. Se esfuma, como un fantasma. Pessoa se dobla, siente que las entrañas están padeciendo un proceso de destrucción irreversible, la saliva sabe amarga. Resuena el poema de Sa Carneiro. Pessoa, solitario, se deshace en lágrimas.

DECIMO ESPASMO: EL HETERONIMO MUJER

En una ventana imaginaria, en el plano de fondo, una mujer canta la música del destino, un alegre y triste fado, extraña mezcla de furor y nostalgia. Es María José, el heterónimo femenino de Pessoa. Canta dulcemente y su cuerpo es pequeño y contrahecho.

Simultáneamente, a la altura del proscenio, en un corredor de luz, el poeta organiza hojas, en línea, tratando de armar las partes del libro Ficciones del interludio.

FERNANDO PESSOA:

Podrían existir razones psiquiátricas para diagnosticar mi realidad plural, pero yo prefiero creer en la diversidad que contengo dentro de mí ser.

La mujer que cantaba en la ventana imaginaria, adquiere realce y habla.

MARIA JOSE:

Usted nunca vera esta carta, ni yo la volveré a ver porque estoy tuberculosa, pero quiero escribirle aunque no lo sepa, porque si no le escribo me ahogo. No me conoce, no me distingue. Nunca le ha dado importancia a la jorobada de la ventana de la casa amarilla, pero yo no pienso más que en usted. Me gusta porque me gusta, y me apena no ser otra mujer, con otro cuerpo y otra hechura. Tengo el derecho de que alguien me guste aunque yo no le guste a nadie. Soy jorobada de nacimiento y siempre se rieron de mí. Tengo diecinueve años y no sé para que llegue a tener tanta edad. Soy como una muñeca con los huesos al revés y además tengo una especie de reumatismo en las piernas. Adiós, no tengo más que unos pocos días de vida y escribo esta carta solo para guardarla en el pecho como si fuera una carta que usted me ha escrito. Soy usted mirando desde la ventana con el alma de mujer que también lo habita. Me ha dado un pequeño papel en el juego

de sus personalidades porque se avergüenza de mí y de su condición femenina, por eso prefiere ajustar el cerrojo y olvidar la llavecita. Espero que tenga toda la felicidad que pueda desear y quiero que nunca se fije en mí, para que no se ría de usted mismo.

Desde un punto de sombra surge, en el trasfondo del escenario, Abilio Cuaresma. Bebe un trago, exprimiendo una pequeña botella de bolsillo, Observa a Pessoa, guardando cierta distancia, con su aspecto de heterónimo, con gabardina y sombrero, excepto que lleva lentes oscuros.

ABILO CUARESMA:

He vivido muchas cosas y soy más viejo, pero le confieso que me resulta extraño moverme en la galería de espejos de sus personalidades. Me había sorprendido y ahora me tiene ebrio de hipótesis y preguntas.

FERNANDO PESSOA:

Poseo una multitud interior que me sacude y me apacigua sin que medie la voluntad, como sucede con el músculo del corazón. Soy diverso y tengo divergencias.

ABILO CUARESMA:

Nunca imagine que detrás de su inteligencia masculina estuviera agazapada otra sensibilidad. Su parte femenina no es bella y sutil, es contrahecha y difusa, como su alma incierta, Pessoa.

Pessoa, de nuevo queda solo. El fado que canta María José se escucha lejano.

DECIMO PRIMER ESPASMO: OFELIA, MUSA Y DACTILOGRAFA

En la oficina de la firma Félix, Valladas y Freitas, donde trabaja temporalmente Fernando Pessoa, el poeta se encuentra con Ofelia Queiroz, joven dactilógrafa que acaba de vincularse a la compañía de importaciones y exportaciones. Está sutilmente perturbado, la muchacha le ocasiona un efecto especial y ella, dulce y tímida, también se llena de rubores. Frente a frente hablan en silencio, con los sentimientos y las emociones. Pessoa comienza a dictar un documento.

FERNANDO PESSOA:

Hay que organizar los archivos de correspondencia de la siguiente manera: primero, cronológicamente; segundo, por temas, por asuntos específicos; tercero, por empresas, alfabéticamente. Las importaciones y las exportaciones se manejan en archivos separados para facilitar el orden de la información.

Pessoa rompe el ritmo del dictado y le habla a la muchacha con palabras temblorosas.

FERNANDO PESSOA:

Más importante que los archivos son los recuerdos y los presagios que flotan en el aire y nos hablan de lo que no ha ocurrido y puede suceder. Apenas te conozco y tu presencia me conmueve, me hace sentir sencillo, como un papel en blanco que tiembla movido por la brisa.

Ofelia lo mira, lo encuentra extraño, interesante y se deja sorprender, como si ocurriera una danza imaginaria, un desdoblamiento de las almas; entrelazan las manos, dan vueltas, bailan en la oficina como en un sueño fugaz y vuelven a la imagen inicial.

De súbito, en la oficina ocurre un apagón y en el ambiente predomina la penumbra. Ofelia reacciona con inquietud, Fernando la tranquiliza y enciende un cigarrillo. En un contraplano, una luz cenital, tenue, ambarina, deja ver a Alvaro de Campos, que, en alguna esquina de Lisboa, piensa en Pessoa, como si estuviera viendo lo que ocurre en ese momento o como si interviniera en una historia que está considerando con cierta ironía.

ALVARO DE CAMPOS:

Fernando no finjas amor a esa muchacha. El amor es terrible y la pequeña dactilógrafa se puede enamorar. Ella tiene gracia pero es trivial, ingenua, apegada a las cosas normales. Está impresionada, pero más adelante puede arraigarse a tu corazón como una hiedra y extenderse por tus sentimientos. Eso sería grave, atentaría contra tu soledad. No cedas a las tentaciones del afecto, eso es asunto de locos.

La luz cenital se apaga y Alvaro de Campos desaparece, como un fantasma. Pessoa retorna con una lámpara encendida. El hombre y la muchacha se fascinan y se desplazan, jugando con las sombras, como bailando nuevamente, a la luz de la lámpara. Juegan con la luz. En un raptó de histrionismo, Pessoa parafrasea a Hamlet.

FERNANDO PESSOA:

¡Oh querida Ofelia, soy torpe en el arte de rimar; carezco del sentido necesario para escandir suspiros; pero te amo por encima de todo, más que nada, desde la cima de la colina hasta los abismos del cielo.

OFELIA QUEIROZ:

Lo único que deseo es correr y esconderme.

FERNANDO PESSOA:

Nunca amé a nadie. Lo que más he amado son sensaciones mías. Contigo siento que el amor puede ser posible: un pájaro aleteando por dentro.

OFELIA QUEIROZ:

Fernando ¿estás hablando en serio?

FERNANDO PESSOA:

Cuando nos casemos, compraré un taburete para que te subas en él y me beses cuando llegue a casa. Entro y pregunto: ¿Alguien ha visto a mi mujer? Entonces apareces y digo: Ah ¿Estabas allí? Eres tan pequeña que no te había visto.

OFELIA QUEIROZ:

Soy parte de un sueño al que no pertenezco.

FERNANDO PESSOA:

Me ha gustado mucho tu carta, pero me ha gustado más lo que ha llegado antes que la carta, que ha sido tú en persona.

OFELIA QUEIROZ:

Escribí un poema con su nombre, haciendo un verso con cada letra, espero que no se ría y que perdone si hay faltas de ortografía., porque soy una niña pequeña, una golosina.

FERNANDO PESSOA:

Mi querido y pequeño amor: ahí van un par de líneas para demostrar que no te olvido. Mañana a la hora de costumbre nos encontraremos.

OFELIA QUEIROZ:

¿Está solo? ¿Le hacen falta mis besos? ¿Quiere que vaya a visitarlo?

FERNANDO PESSOA:

Ofelia, alma buena, es que te quiero y siento que mi vida se extingue sin remedio.

Cuando el tenue resplandor de la lámpara tiende a extinguirse, la luz eléctrica vuelve. Ofelia retorna a la realidad, duda de lo que está ocurriendo y se marcha, un poco consternada. Pessoa da brincos como un niño. Cree estar enamorado.

Alvaro de Campos, haciendo contrapunto, se ríe, habla con ironía. Al mismo tiempo Pessoa escribe apuradamente en una hoja. Pessoa murmura, Alvaro de Campos exclama un nuevo poema, a expensas del novio de Ofelia.

ALVARO DE CAMPOS y FERNANDO PESSOA:

Todas las cartas de amor son

Ridículas.

No serían cartas de amor si no fueran

Ridículas.

También yo escribí cartas de amor en mi tiempo,

como las otras,

ridículas.

Campos no dice nada, solo se desvanece, se cubre de oscuridad.

DECIMO SEGUNDO ESPASMO: LA MUERTE DE ANTINO

La luz estival invade el escenario. Un emperador llamado Adriano y su efebo favorito de nombre Antino, van al encuentro, el uno hacia el otro, recorriendo una diagonal, partiendo desde puntos opuestos. Se palpan las yemas de los dedos, retroceden indecisos y luego cobran impulso y se abrazan con fuerza apasionada. Pessoa, con su gabardina y su sombrero está en una esquina del escenario, ebrio, concibiendo un poema, en un contra-plano.

Antino desea cumplir un capricho de jovencito: quiere nadar en el cauce del Nilo. El río está crecido. Adriano presiente el peligro, forcejean, utilizando un juego de fuerzas centrípetas y centrifugas, es decir, sintiendo una atracción poderosa procedente de Adriano y una fuerza en expansión, en fuga, originada en Antino. Es una danza, una sucesión de composiciones donde se exalta lo físico, lo masculino. El ambiente es onírico, delirante, en crescendo: de lo denso y leve a lo vertiginoso.

Antino cae a las aguas caudalosas y no puede con la fuerza del torrente. En una imagen angustiosa, física, agónica. Adriano contempla como el río le arrebatara al muchacho, en una secuencia de distintas composiciones y efectos de luz. El cuerpo del muchacho lucha y perece, flota inerme y queda tirado entre el fango de la orilla, a los pies de Adriano. La imagen se extingue en una franja de oscuridad.

Inmediatamente, de súbito, en otro punto del escenario, donde nadie esperaba, el alma atormentada de Mario de Sá Carneiro aborda a Pessoa y lo sobresalta.

MARIO DE SA CARNEIRO:

A menos que ocurra un milagro, el próximo lunes 3 de abril tu Mario de Sá Carneiro tomará una fuerte dosis de estriknina y desaparecerá de este mundo. Estriknina mezclada con ajeno para mejorar el sabor.

La iluminación disminuye y queda solo Pessoa, con una luz cenital que lo perfila levemente.

FERNANDO PESSOA:

Querido Mario te escribo impulsado por una necesidad sentimental, por un imperioso deseo de hablarte. Estoy sumido en lo más hondo de una depresión sin fondo. Estoy en uno de esos días en que nunca he tenido porvenir. Solo hay un presente inmóvil, rodeado por un muro de angustia. Hay barcos para muchos puertos, pero ninguno para ese lugar donde la vida no duele, ni un sitio donde desembarcar para olvidar. ¿De qué color es sentir? Fernando.

DECIMO TERCER ESPASMO: EL SUEÑO DE LA INICIACION

Cuatro mujeres vestidas de negro, recogen las hojas dispersas que han quedado en el escenario y van rumorando, aludiendo a los nombres de los heterónimos. Son las brujas del destino, hechiceras de antiguos rituales, señoras del misterio, habitantes del imaginario pessoano. Nombran a los heterónimos y cruzan las voces mientras se mueven y hablan.

BRUJA UNO:

Fernando Pessoa el irrepertible, Alberto Caeiro el maestro pagano, Antonio Mora filósofo de manicomio, Chevalier de Pas caballero andante detenido en la infancia, Ricardo Reis médico, monárquico y sibarita.

BRUJA DOS:

Alvaro de Campos portentoso y femenino, Bernardo Soares perdido en el gris laberinto de las oficinas, Abilio Cuaresma detective privado e inventor de relatos policíacos, Alexander Serch maldito simbolista.

BRUJA 3:

Barón de Teive suicida, Vicente Guedes el falso Bernardo, Coelho Pacheco poeta, Jacob Satán heresiarca, Un banquero anarquista, Crosse magister en charadas, Luis Antonio Congo Africano y David Merrick legendario.

BRUJA 4:

Charles Robert Anon un don nadie, Pedro Botelho eremita abstemio, Fernando Antonio Oximorón inexistente María José contrahecha y virgen y los luminosos maestros inefables que le hablaron más allá de la mentira.

Pessoa se desplaza, piensa, asimila, lleva hojas entre las manos. Las mujeres reúnen los folios y cada una toma parte de la obra del poeta que, asombrado, sin excesos, manifiesta avidez, curiosidad ocultista para sentir las percepciones sensoriales que le despierta el recuerdo del mundo isabelino que tanto ama. Las Brujas se ubican en un costado del escenario y Fernando se sitúa de manera paralela en el otro costado. Las brujas, paulatinamente, con las hojas, forman una hoguera imaginaria de sonidos y movimientos. Cuando han reunido las páginas de la vida de Pessoa y las han expuesto al rito alquímico, hacen movimientos ceremoniales y forman un círculo perfecto, diseñado en el piso con las hojas de papel.

En un contraplano Fernando, solemne, organiza una cruz y una flor dibujadas en el piso, con hojas de papel blanco, en una sola imagen. Es la elocuencia mística en la sencillez de un juego con hojas en blanco que son metáfora y suscitan imágenes sencillas, cabalísticas. Añade gestos con las manos y los dedos, haciendo señales sutiles de un ritual mágico.

FERNANDO PESSOA:

Renuncio a lo que nunca fui, pues jamás he profesado en favor de la iglesia de Roma. Quiero inspirarme en la cábala de mis antepasados, en Christian Rosencreutz, maestro venerable de la Gran Confraternidad y deseo identificarme con el espíritu del Rey Don Sebastian, emblema de la identidad portuguesa. Acepto que mi corazón y mi totalidad son parte del diseño fabuloso del gran arquitecto universal que fluye en todo lo que existe.

Las brujas se agitan, flamean con los cuerpos, los cabellos y las hojas de papel. Dos heterónimos embozados, como monjes, en el fondo azuloso del escenario, hacen tonalidades meditativas. Pessoa recoge las hojas con las que ha diseñado la cruz y la flor y las vuelve mazo de barajas que despliega deletreando los diseños que lo acompañarán para siempre. Dos heterónimos pasan en la línea de fondo, haciendo resonar silabas iniciáticas, embozados, como monjes.

Las brujas lo llaman, lo invocan, lo evocan, lo atraen al círculo, lo bañan con hojas, le limpian la energía, agitan las faldas como avivando el fuego interior. Fernando siente que arde por dentro, que su combustión espiritual lo llena de liviandad, como si anduviera levitando interiormente.

LAS BRUJAS:

*Ardan las palabras y los leños
Brotan chispas y saltamontes
Tramen destinos los tejedores
Abran el camino de los sueños*

*Dancen los fuegos y los dioses
Giren los astros y las estrellas
Canten las galaxias y las ranas
Rían los pueblos y las mujeres*

*Que haga su rito la santa rueca
Que vaya y venga la lanzadera
Que cumpla su rumbo la hebra
Que la urdimbre sea verdadera*

Las hojas han caído alrededor de Pessoa, los heterónimos han desaparecido en la penumbra y las brujas, haciendo línea de coro, cada una con una hoja en el rostro, a manera de máscara, se acercan y le hablan, le vaticinan.

BRUJA UNO:

Irás a la torre inversa, al laberinto que te asedia, cada escalón que subas te llevara al subsuelo, cada escalón que bajes te elevara al cielo.

BRUJA DOS:

Tomarás la cruz de los celtas, la cruz de los templarios, la cruz de los alquimistas, la cruz flordelisada, la santa y vera cruz de los iniciados.

BRUJA TRES:

Integraras el círculo del universo, el triángulo de la fortaleza, la magna geometría, el cubo del mundo y la santa esfera.

BRUJA CUATRO:

El conocimiento será elixir y veneno, la soledad condena, el verbo será tu luz y tus máscaras la esencia.

TODAS LAS BRUJAS:

No busques ni creas, lo encubierto está afuera y lo externo está adentro, nada es lo que parece y todo guarda misterio. Eres uno y eres varios, todos y ninguno y como un mago del verbo siempre hay alguien oculto en tu sombrero.

Las brujas se quitan las máscaras-hojas y hacen mutis en la oscuridad. Pessoa queda solo, entre los papeles, definido por un cenital. Reúne los poemas, trata de ordenarlos y finalmente los deja dispersos, incapaz de juntarlos y otorgarles el sentido que desea.

FERNANDO PESSOA:

Ningún credo me pertenece. No profeso dogmas ni transmito ejercicios de fe. Quiero afianzar mis valores espirituales porque mi deseo más profundo es acercarme al camino del conocimiento, practicando el respeto por todo lo que existe y por aquello inexplicable que nos infunde aliento, así en la tierra como en el universo.

La luz se difumina, pasa por las gamas de la niebla y se torna en oscuridad.

DECIMO CUARTO ESPASMO: SINFONIA DE GALLINAS

De súbito, el delirio cambia de ambiente y las mujeres dejan de ser brujas y se transforman en la madre y en las tías, señoras de alcurnia venidas a menos, señoras cultas, generosas, afectivas, siempre preocupadas por Fernandiho el inexplicable incomprendido. Recogen las hojas que dejaron en el suelo las brujas, pero las recogen con la abnegación de familiares de un hijo y un sobrino descarrilado, Hablan al tiempo sin parar, repitiendo y repitiendo temas. La madre y las tías hablan al mismo tiempo, es un palabrerío que no cesa, que repercute en los tímpanos y se disgrega dolorosamente por el cerebro y el sistema nervioso.

MARIA XAVIER:

Podría ser alguien importante, con esa inteligencia tan aguda y esa mente tan lúcida. Es muy culto, lee mucho.

ANICA:

Los libros se le han convertido en una especie de vicio, siempre anda con libros y papeles que no le producen nada.

RITA:

Neurastenia es lo que tiene.

MARIA MADALENA:

Es joven e introvertido, su alma es de artista.

ANICA:

Apuesto es y cuando se viste bien se le nota el porte, pero no busca novia, no tiene mujer.

MARIA MADALENA:

Es tímido, no le gustan los abalorios y dice que todo tiene su momento.

RITA:

Habrá nacido para cura, si es así, no tiene remedio.

MARIA XAVIER:

No, a él no le gusta ser católico, ni siquiera va a misa, ni frecuenta clérigos.

ANICA:

Se la pasa con poetas y bohemios sinvergüenzas buscando los sitios menos deseables.

RITA:

Me han contado que lo han visto ebrio dedicado a perder el tiempo en La Brasileira con amigos indecentes.

ANICA:

Y podría relacionarse bien si aprovechara el reconocimiento de la familia, porque somos gente con jerarquía.

MARIA MADALENA:

Fernando es un orgullo para la familia, es bien educado y su literatura es excelente.

MARIA XAVIER:

No nació para militar o funcionario, creo que no le interesa su pasado familiar, es distinto.

ANICA:

Tu esposo, Tio Cunha lo sorprendió en Irmaos Unidos, un bar mal acreditado, cerca al Rocío, bebiendo absenta al medio día y riendo como nunca lo hemos escuchado en casa.

RITA:

Tiene una personalidad oculta, que no imaginamos: es uno en casa y otro bien distinto cuando anda con sus amigos.

MARIA MADALENA:

No es hipócrita, nunca miente, lo que pasa es que los ambientes son distintos.

MARIA XAVIER:

Sabe unas cosas, otras las desconoce o no le llaman la atención, como cualquier ser humano.

RITA:

Es un sinvergüenza, un aprovechado, no gana un salario decente.

MARIA MADALENA:

Es un poeta, un gran poeta.

RITA:

¿De qué le ha servido, no tiene ni para tabacos?

ANICA:

Es raro, olvidadizo, sonámbulo, nadie lo entiende, nadie lo entiende.

RITA:

Es mejor ser militar y no poeta.

MARIA XAVIER:

Uno de los responsables de los malos pasos de Fernando es el general Henriquer Rosa, el hermano de tu marido Maria Madalena.

RITA:

El hermano del padrastro de Fernando, militar y literato.

MARIA MADALENA:

La familia Rosa es muy respetable y culta.

ANICA:

Tu marido se salva pero el hermano es un decadente disfrazado de caballero: fuma opio, como los peores gandules.

MARIA XAVIER:

El opio enloquece, enajena, vuelve a la gente distinta.

MARIA MADALENA:

Fernando en malos pasos, no puedo creerlo, sus cartas siempre me transmitieron tranquilidad.

ANICA:

La poesía le sirve para justificar las rarezas en las que anda metido.

Fernando está aturdido, delirando, escuchando la interminable conversación de gallinas, La madre y las tías, de súbito, giran, observan a Fernando, lo acercan con la mirada y ahora le hablan directamente.

ANICA:

Trabaja Fernando, trabaja, todavía puedes acudir a los Seabra y a los Pessoa que ocupan cargos importantes en el gobierno y en el ejército.

RITA:

En el fondo eres una buena persona, un señor, ya eres maduro y debes armar un hogar, para que todo sea correcto.

MARIA MADALENA:

Si hijo, ven a cenar, prepararé algo especial para ti, si, arroz con pato, para tu aniversario.

MARIA XAVIER:

Sardina asada para tu santo, como si fueras mi hijo Fernando.

ANICA:

Fernando, no dejes todo por ahí botado como si fueras un rapaz, ya eres grande.

RITA:

Fernando, es por tu bien, no dejes de hacer tus cosas con responsabilidad.

FERNANDO PESSOA:

Tía Rita el fracaso de la imprenta fue consecuencia de mi falta de experiencia, todo parecía ir muy bien, no sé en qué momento se desconectaron las cuentas y los sueños.

MARIA MADALENA:

Las tías te lo dicen por tu bien, con amor, para que no te vayas a extraviar.

FERNANDO PESSOA:

Fue difícil soportar la soledad, mamá...

RITA:

Todo el tiempo estás ocupado, encerrado en tu cuarto, no eres capaz de hacer un mandado.

ANICA:

Trabaja Fernando y todo lo demás lo podrás hacer mejor, si vives bien y tienes como resolver tus necesidades.

FERNANDO PESSOA:

Tía, trabajo como corresponsal extranjero en casas comerciales...

MARIA XAVIER:

Fernando, reacciona, qué va a ser de ti cuando seamos fantasmas, como ahora Fernando que solo somos un recuerdo, existimos y no existimos.

Después de un silencio, ellas siguen hablando sin parar, sin escuchar, solo diciendo una y otra vez sus comentarios sobre la vida de Fernando. Refuerzan la cantaleta con el sonido que producen las hojas de papel, que expresan la neurosis de las buenas señoras y el orden lógico de sus costumbres. Se mueven, se desplazan. María Madalena hace dúo con Anica y Rita con María Xavier. Siguen hablando, contrastando las voces y aumentando la perorata.

El poeta asume una decisión, toma la maleta con ademan de marcharse. Las mujeres reaccionan y se acomodan junto a Fernando, como en un daguerrotipo de familia. La luz parpadea como un flash de vieja cámara y la imagen se activa. Pessoa va a tomar la maleta y las mujeres la recogen, como si acabara de llegar de una breve

ausencia. Se disgregan, como fantasmagorías. Pessoa vuelve a quedar solo, con un cólico hepático que no le da tregua.

DECIMO QUINTO ESPASMO: BERNARDO SOARES

Una luz puntual cae sobre Bernardo Soares, auxiliar de contabilidad, ayudante de tenedor de libros, gris y rutinario, autor del diario secreto de Fernando Pessoa, semiheterónimo relegado, que escribe en prosa, incapaz de engendrar versos, que guarda, sin embargo, el testimonio de Pessoa en su faceta de oficinista y lobo solitario de las calles de Lisboa. Está junto a una silla de oficina, que hace girar de manera reiterada. Cuando la silla se detiene, aparece Fernando Pessoa. Se miran de frente y cada uno se sienta en la silla, espalda con espalda, como si cada uno estuviera en un escritorio imaginario. Mientras hablan cambian posiciones, giran, modifican los ritmos, son imágenes inversas de un mismo espejo.

FERNANDO PESSOA:

Bernardo, a veces me olvido de usted, siempre estamos juntos, pero casi nunca hablamos. Le agradezco los aguardientes que me ha invitado y las cuentas que ha cancelado en el restaurante de la Rua de los Douradores. Usted trabaja todos los días, yo de vez en cuando.

BERNARDO SOARES:

Todos somos iguales en nuestra capacidad para el error y el sufrimiento. Por eso considero todo cuanto nos sucede como accidentes o episodios de una novela, a la que asistimos no con la atención sino con la vida.

FERNANDO PESSOA:

Unos gastan su vida persiguiendo alguna cosa que no quieren; otros la emplean en la búsqueda de lo que quieren y nos les sirve. Yo fui el que no era e inventé realidades inexistentes para poder ser.

BERNARDO SOARES:

Yo nunca hice otra cosa que soñar. Soñé un autor y él me soñó a mí. Usted cree que soy consecuencia de su imaginación, pero en el fondo sabe bien que Fernando Pessoa es la caricatura de su propio sueño.

FERNANDO PESSOA:

Usted Bernardo forma parte de varias personalidades que inventé. Creo personalidades constantemente. Cada sueño mío pasa a encarnarse de inmediato, nada más aparecer soñado, es otro quién pasa a soñarlo y que ya no soy yo.

BERNARDO SOARES:

El sueño es lo que tenemos realmente nuestro, inexpugnablemente nuestro.

FERNANDO PESSOA:

Estamos de acuerdo, lo que yo sueño nadie puede verlo salvo yo mismo, nadie que no sea yo puede poseerlo.

BERNARDO SOARES:

Matar el sueño es matarnos. Es mutilar el alma.

FERNANDO PESSOA:

Le confieso que todo me parece insoportable: la oficina, la casa, las calles...

BERNARDO SOARES:

Soy más resignado: si es la hora acudo a la oficina como otro cualquiera. Si no es la hora todavía voy hasta el río a observar el río, como cualquier otro. Detrás de todo eso, tengo un cielo, me constelo a escondidas y tengo mi propio infinito.

FERNANDO PESSOA:

Por más que nos despojemos de la ropa, nunca llegamos a la desnudez, porque la desnudez es un fenómeno del alma. Cuando soñamos somos sinceros. En la vigilia somos hipócritas.

BERNARDO SOARES:

El alma humana es un abismo oscuro y viscoso, un pozo que nadie usa en la superficie del mundo. Nadie se amaría a si mismo si de verdad se conociera.

FERNANDO PESSOA:

Nadie conoce a otro y es una suerte que así sea, pues, de conocerlo, conocería en él, además de madre, mujer o hijo, a su íntimo metafísico enemigo.

BERNARDO SOARES:

Siempre rechacé que me comprendieran. Ser comprendido es prostituirse. Prefiero ser ignorado con decencia y naturalidad.

FERNANDO PESSOA:

Nada puede comprenderse, Bernardo, ni átomos ni almas. Por eso nada posee nada. Nada vale la pena. Es mejor ser otro para llegar a ser uno.

BERNARDO SOARES:

A veces deseo levantarme de mi mesa hacia lo desconocido.

FERNANDO PESSOA:

A duras penas nos refugiamos en la casa sin puertas de nosotros mismos. La vida es un gran insomnio.

BERNARDO SOARES:

Se de antemano que me pierdo si me encuentro. Tengo una indigestión en el alma, mi alma que existe gracias a mis dolores.

FERNANDO PESSOA:

Somos parecidos y somos cambiantes, a veces me identifico y a veces me distancio.

BERNARDO SOARES:

Aunque no parezca yo soy menos racional pero no tengo ilusiones secretas. Me conformo con lo que soy, no quiero ser otro. Ni siquiera deseo ser usted.

FERNANDO PESSOA:

Bernardo, nunca debe hacerse hoy lo que pueda dejar de hacerse también mañana. Ni siquiera es necesario hacer nada, ni mañana ni hoy.

BERNARDO SOARES:

Esa es la influencia de Alberto Caeiro. A usted lo afectan demasiado sus propias invenciones, lo siento.

Ambos, al mismo tiempo, se paran, se miran fijamente. Pessoa gira la silla, da la espalda a Bernardo Soares y hace mutis por un costado. La silla se detiene, Bernardo se sienta y cae en el desasosiego. La oscuridad es un relámpago de tinieblas que aparecen y desaparecen, lentamente

DECIMO SEXTO ESPASMO: CON LA MADRE EN LAS ENTRAÑAS

Pessoa vuelve a quedar solo en el escenario, sumido en la angustia del que expira y no encuentra sosiego para hacerlo en paz. De una manera muy íntima, Pessoa, llora inconsolable. Se calma, respira, se equilibra.

Desde la oscuridad, tomando forma y color, ve aparecer la imagen de María Madalena, la amada madre, que tiene en una mano un manojito de cartas de Fernando. La mujer las agita a la distancia, en otro plano, con nostalgia inmensa.

Un trasfondo musical deja escuchar las notas de *Un Soir a Lima*, la pieza favorita de su madre, que interpretaba en el piano, cuando Pessoa era un niño que se deleitaba con la calidez de la madre. Amaba sus manos de pianista, su sensibilidad amorosa, el afecto de las entrañas.

FERNANDO PESSOA:

Madre, de repente estoy solo en el mundo. Atravieso tiempos, atravieso silencios, y seres sin forma pasan a través de mí.

MARIA MADALENA:

Leo tus cartas una y otra vez y solo me siento bien porque que estás estudiando y pienso que Lisboa tiene mejor ambiente. En Africa no tenemos antecedentes ni parentela y siempre somos foráneos con deseos de retornar a nuestra tierra.

FERNANDO PESSOA:

Madre, soy un navío desarbolado, expuesto a las marejadas del destino. He sido naufragado y mi mano buscó tu contacto y me sentí a la deriva, contra el acantilado.

MARIA MADALENA:

*Tus hermanos están grandes, son como árboles que reverdecen y se levantan.
Siempre quieren verte e imaginamos lo felices que seremos cuando suceda el re-
encuentro.*

FERNANDO PESSOA:

*La sombra de mi padre acude a mi orfandad, como una música silenciosa que me
llega desde la infancia y no tengo otro asidero que tu hermoso recuerdo, mamá,
mamá, la soledad me deja desolado.*

MARIA MADALENA:

*Luis Miguel, Joao y Teca te mandan besitos. Cuídate Fernando, estudia, obedece a
tus tías que te aman y me escriben diciendo que eres un buen muchacho.*

Confío que pronto nuestras vidas se juntaran para siempre.

María Madalena se estremece y deja caer las hojas. Se arrodilla, como desfalleciendo ante el vacío y la distancia. Dos mujeres, mezcla de tías y Moiras, acompañan a la mujer en su desesperación. Son las hechiceras del destino. Arrullan las hojas, las mecen como si fueran niños y le cantan palabras de martirio.

MOIRAS DEL DELIRIO:

Siete hijos has tenido

Tres no fueron

Cuatro florecieron

Y dos maridos

tus consentidos

Matriz profunda

Nido fecundo

Lo bello en el tiempo

Se vuelve ceniza

Osamenta de olvido

Pessoa se estremece por dentro, cae en el agujero negro del dolor y la ausencia; siente desde el alma, desde las vísceras. Todo es un torbellino delirante donde se mezclan los vacíos, los recuerdos, las distorsiones surreales de la memoria compulsiva. Aparece salvadora la Tía María Xavier, que trae una especie de bandeja de hojas con hojas. Se desplaza haciendo un círculo protector y las hojas van cayendo, planeando en las pequeñas corrientes de aire que produce el desplazamiento.

MARIA XAVIER:

Eres mi sobrino favorito, Fernando Antonio; entiendo que la literatura es parte de tu naturaleza. Te festejo en la vida y en la muerte así yo sea solo un fantasma que ya no brinda ni con vino ni con agua porque mi espíritu no tiene sed y no se embriaga. Un cortejo de poetas imaginarios acompañará tus pasos el día que el río de la vida se detenga. Vendrás entre la niebla príncipe derrotado, niño pequeño, árbol de invierno con sombrero.

María Madalena gira lejana y cae de rodillas y se para y vuelve a girar y aconseja a Fernando como una madre preocupada por su vástago.

FERNANDO PESSOA:

Madre mía, yo fui tu niño, tan bien forjado en su educación y hoy soy el harapo que el Destino enrolló y arrojó al piso, en un rincón, como un pájaro fuera del nido.

María Madalena se esfuma, en la oscuridad, dejando la sensación leve de una melodía que se remonta a la infancia del poeta, que vuelve a quedar solo. La luz se extingue, cae la noche de los tiempos sobre el alma deprimida del poeta.

DECIMO SEPTIMO ESPASMO: FESTEJO DE PAGANOS

Contraluz azuloso y ambarino, ambiente lisboeta en la madrugada. Pessoa y los heterónimos, andan por ahí, con abrigos y sombreros, vestidos igual o parecido; son una imagen en el fondo, que se vislumbra lentamente. Vienen caminando por una calle, amaneciendo, bebidos, infundidos por la poesía, celebrando el acontecimiento de los sentidos y la magia del verbo.

Alvaro de Campos es el más eufórico.

Se detiene bajo el destello de un reflector que sugiere la luz de un farol en una esquina.

ALVARO DE CAMPOS:

Estamos festejando la obra de Fernando Pessoa, que además de ser un poeta aceptable se ha convertido en escribano de nuestros deseos, en amigo incondicional de nuestros desafueros. Para mí es un gran amigo y uno de los nuestros, a pesar de sus manías personales y su genio cambiante.

RICARDO REIS:

Lo personal es un asunto insospechado en cada uno. Lo poético incluye la memoria remota, el sentido místico, el valor de lo sensible. Portugal es una suma de enigmas, ruinas y estados de suspenso. Además, no comparto el caos republicano que ha desfigurado la identidad de los portugueses. Me considero monárquico porque la imagen del rey funde la tradición y la leyenda, dos aspectos necesarios en la identidad de un imperio. No comulgo con el anarquismo burgués de Alvaro de Campos.

ALVARO DE CAMPOS:

Ricardo Reis, Ricardo Reyes, súbdito de un reino imposible de restaurar, porque el futuro no admite tronos y coronas. La democracia es otra cosa y la poesía no tiene séquito ni amarras con un tiempo obsoleto. Para mí es claro que de un lado están los reyes, con su prestigio, los emperadores con su gloria, los genios con su aura, los santos, los conductores de pueblos, con su poder, las prostitutas, los profetas, los ricos... Del otro, estamos nosotros, el recadero de la esquina, el dramaturgo desordenado William Shakespeare, el barbero de los chistes, el maestro de escuela John Milton, el carpintero de la tienda, el gandul Dante Alighieri. Ellos son mis hermanos, los creadores de conciencia del mundo.

ALBERTO CAEIRO:

La primera sílaba es el sedimento, la materia primordial, la razón esencial de la palabra. Los estados y los reinos pasan y se arruinan, los estados del alma trascienden y el alma es casi nada, lo ínfimo y lo infinito. Me concibo libre y no puedo estar de acuerdo con Campos y con Reis porque la realidad no es posible. No me interesa que Pessoa este o no de acuerdo.

RICARDO REIS:

¡Pensar con el sentimiento, sentir con la inteligencia esa es la cuestión!

ALVARO DE CAMPOS:

¡Mandato de desalojo para los Mandarines de Europa! ¡Fuera los consagrados representantes del pasado! ¡Europa tiene sed de que se cree, tiene hambre de futuro! ¡Europa quiere grandes poetas, quiere grandes estadistas, quiere grandes generales! ¡Quiere al político que construya conscientemente los destinos inconscientes de su pueblo! ¡Quiere al poeta que busque la inmortalidad ardientemente y no le importe la fama, que es para las actrices y para los productos farmacéuticos! Sin embargo, yo veo el camino y no sé a dónde lleva.

Caeiro se entrega al éxtasis poético y todos los escuchan y lo celebran.

ALBERTO CAEIRO:

¡Señor que eres el cielo y la tierra, que eres la vida y la muerte! ¡El sol eres tú y la luna eres tú y el viento eres tú. Eres nuestros cuerpos y nuestras almas y nuestro amor eres tú también. Dame alma para servirte y alma para amarte. Dame ojos para verte siempre en el cielo y en la tierra, oídos para oírte en el viento y en el mar, y manos para trabajar en tu nombre. Hazme puro como el agua y alto como el cielo. Que mi alma pueda aparecer ante ti como un hijo que vuelve al hogar. Vuélveme grande como el Sol, para que yo te pueda adorar y vuélveme claro como el día para que yo te pueda ver siempre. Señor, protégeme y ayúdame. Haz que me sienta tuyo. Señor, líbrame de mí.

FERNANDO PESSOA:

No quería intervenir porque ustedes están hablando por mí, al fin y al cabo son mí diversidad. Entiendan que un ser normalmente constituido tiene el deber cerebral de cambiar de opinión varias veces al día. Debe tener, no ya las creencias religiosas, opiniones políticas, predilecciones, sino hasta sensaciones religiosas, impresiones políticas, arrebatos de admiración literaria. Es republicano por la mañana y monárquico al atardecer.

ALVARO DE CAMPOS:

Trabajemos para perturbar las almas, para desorientar a los espíritus. Cultivemos en nosotros, como una flor rara, la desintegración mental. Vamos a construir anarquía. Hasta los banqueros deben percibir que todo es un inmenso fraude. Por eso quisiera recordarles que estábamos hablando de una obra de Fernando, una obra de teatro estático en un acto, porque a él no le basta la vida dramática que llevamos.

En el delirio de Pessoa las tres Moiras ahora son tres Veladoras, mujeres que acompañan la ausencia de un marinero que ha fallecido. Hay una nueva atmósfera lumínica que resalta los tonos azules y plateados del océano y de una noche larga, casi estática. En un plano distinto, los heterónimos están atentos, reunidos, a la

expectativa, porque Pessoa empieza a leer su texto teatral y las veladoras comienzan a representar, como si la lectura se trasladara a la situación teatral.

FERNANDO PESSOA:

Un cuarto que está sin duda en un castillo antiguo. El cuarto es circular, al centro, sobre una mesa se ve un catafalco. A la derecha hay una única ventana, alta y estrecha, que da hacia donde se ve tan sólo un breve espacio de mar.

PRIMERA VELADORA:

Todavía no ha dado hora alguna.

SEGUNDA VELADORA:

No se podría oír. No hay reloj aquí cerca. Dentro de poco debe ser de día.

TERCERA VELADORA:

No, el horizonte está negro.

SEGUNDA:

No se debe hablar demasiado... La vida nos acecha siempre...

PRIMERA:

Cuenta siempre, hermana mía, cuenta siempre...

SEGUNDA:

Sí, os hablaré más de mi sueño

TERCERA:

Cuenta de prisa, sigue contando... Vuelve a tu sueño... El marinero. ¿Qué soñaba el marinero?...

SEGUNDA:

*Al principio creó los paisajes, después creó las ciudades; más tarde las calles y las
travesías, una a una, cincelándolas en la materia de su alma. Empezó a conocer a
gente como quien apenas las reconoce... Iba conociendo sus vidas pasadas y sus
conversaciones y todo eso como quien tan sólo sueña paisajes. Luego viajaba,
recordado, a través del país que creara... Y así fue construyendo su pasado...
Pronto tuvo otra vida anterior...*

TERCERA:

*Continúa, aunque no sepas porqué... Cuanto más te escucho, menos me
pertenezco...*

PRIMERA:

*¿Será bueno realmente que continúes? ¿Debe cualquier historia tener fin? En todo
caso sigue... Importa tan poco lo que decimos o no decimos... Velamos las horas
que pasan... Nuestro menester es inútil como la Vida...*

TERCERA:

*Hermana, no nos tenías que haber contado esa historia, ahora me extraño de
estar viva con más horror.*

SEGUNDA:

Ya no sé si hablar o no hablar, ya no siento nada.

PRIMERA:

*No hablemos más, me duele el intervalo que hay entre lo que piensas y lo que
dices.*

ALVARO DE CAMPOS:

*Eso digo yo, después de doce minutos de escuchar a esas señoras ¿por qué siguen
hablando todavía?*

Las mujeres desarrollan imágenes, interrumpen y hacen mutis. Caeiro y Reis hablan de paganismo y Campos y Pessoa de Teatro. Campos dice que el teatro es movimiento y Pessoa que sueña con un teatro inmóvil. Campos festeja y canta con Caeiro, repitiendo hasta el cansancio *Cantigas de portugueses*.

DECIMO OCTAVO ESPASMO: EL ESPEJO INVERSO

Fernando Pessoa y Alvaro de Campos, abrazados, han caído y ruedan ebrios y se detienen bajo las estrellas.

ALVARO DE CAMPOS:

¿Por qué diablos me hiciste un poeta de papel si yo necesito ser humano y materializar mis deseos en actos directos y reales?

FERNANDO PESSOA:

Tengo la impresión que no existen diferencias entre lo real y lo irreal, excepto que lo fabulado se acerca más a la verdad.

ALVARO DE CAMPOS:

Me niego a pertenecer a la irrealidad que has inventado.

FERNANDO PESSOA:

Te quiero como me quiero a mi mismo, es decir, con un profundo desprecio por las apariencias.

ALVARO DE CAMPOS:

Soy todo lo que no te atreves a ser. Fernando Pessoa es temeroso, se reprime y sufre como un hipocondriaco consumado.

FERNANDO PESSOA:

Vengo de parajes desconocidos que están más allá de la lógica.

ALVARO DE CAMPOS:

En algo estamos de acuerdo, Aristóteles era un mentecato que ignoró la otra parte de la realidad, la esencial, la que no tiene cabida en la razón.

FERNANDO PESSOA:

Alvaro, te di mi libertad para que no padecieras la timidez profunda que me caracteriza.

ALVARO DE CAMPOS:

No hablemos de lo mismo, me siento en el juego del arrepentido y su sombra. Tu eres la sombra y yo el arrepentido. Me arrepiento de dedicar tiempo a tu crisis, porque nunca serás capaz de superarte. Mira, acabo de terminar un poema portentoso como el océano donde danzan mis demonios y mis bajos instintos, todo, incluyendo el misticismo, sublimado por la palabra libre, el verso sin medida y la exuberancia de metáforas encendidas. Los portugueses somos marítimos y nuestras raíces están en el carácter huracanado de los navegantes.

Pessoa empieza a decir versos de la Oda Marítima y Campos repite, completa y dice otros fragmentos que Pessoa acompaña, hasta que son una voz y luego ambas y después cada uno se detiene en su silencio particular.

El quehacer de los actores, mientras dialogan y desarrollan los versos, se basa en el juego corporal de ser el mismo, iguales, parecidos y distintos. Ser, no ser, transfigurarse, doblarse, desdoblarse, es decir hacerse otro.

Los heterónimos y los fantasmas, en actitudes neutras, son el coro que trae lo marítimo en el juego de las hojas de papel que evocan el sonido del mar, el oleaje, la espuma blanca sobre el ambiente azuloso. Es como si las palabras cobraran vida en el movimiento y en las imágenes polifónicas que generan las hojas y los cuerpos: diseños visuales, acciones dramáticas, donde se plasma la emoción del poeta y los mundos que surgen detrás de los versos, en la acción física de la metáfora escénica.

ALVARO DE CAMPOS:

Lo he titulado Oda Marítima y estás autorizado para publicarlo en Orpheu, así tu revista será recordada, gracias a mis versos. ¡Ah! y no vuelvas a hacer el ridículo diciendo que soy una invención tuya, no levantes falsos testimonios. Recuerda, soy futurista y tú eres el señor de los Arcanos.

FERNANDO PESSOA:

No soy solo un escritor, soy toda una literatura.

ALVARO DE CAMPOS:

Mira Fernando Antonio Pessoa, badulaque, como yerba fui y no me arrancaron. Ni el placer, ni la gloria, ni el poder me han seducido, me ha interesado la libertad, solo la libertad.

FERNANDO PESSOA:

La vida es la única batalla donde solo hay victoria cuando no hay vencedor.

ALVARO DE CAMPOS:

Todos tenemos dos vidas: la verdadera, esa que soñamos en la infancia, y la falsa, esa que vivimos en la convivencia con los otros.

FERNANDO PESSOA:

¿Qué puede hacer un hombre de sensibilidad, salvo inventar a sus amigos, o al menos, a sus compañeros de espíritu?

ALVARO DE CAMPOS:

Si alguien nos viera, Fernando, pensaría que somos más que amigos, pero tú y yo sabemos perfectamente que no somos la misma persona y la diferencia es que somos iguales.

FERNANDO PESSOA:

Pareces un actor improvisando.

ALVARO DE CAMPOS:

¿Valió la pena Fernando?

FERNANDO PESSOA:

Todo vale la pena si el alma no es pequeña.

Campos ríe estruendosamente, abraza a Pessoa. Luego se aparta, se confunde con las sombras. Hay una pausa y en un punto opuesto saliendo del coro, aparece la imagen de una mujer con una hoja-pañuelo en la mano. Pessoa se llena de saudade, recuerda el largo adiós de María Magdalena.

DECIMO NOVENO ESPASMO: ADEUS, OFELIA, ADEUS

Dos espacios, dos planos distintos, contrapuestos. Pessoa y Ofelia hablan, como si estuvieran cerca pero estando lejos, cada uno en su casa, teniendo comunicación epistolar.

OFELIA QUEIROS:

Feliz sería si me dijera qué signífico para usted. A una mujer le gusta que le comenten lo que piensan de ella.

FERNANDO PESSOA:

Reconozco que todo esto resulta cómico, y que la parte más cómica soy yo.

OFELIA QUEIROS:

Fernandiho quiero preguntarle si usted nunca ha pensado en fundar una familia. Le ruego encarecidamente que me lo diga por escrito, que diga los proyectos que alberga respecto a mí porque si no se corresponden con los que yo tanto deseo, prefiero romper para siempre nuestra amistad. Además de quererlo quiero conocer sus intenciones, quiero que me aclare cualquier mala impresión que pueda tener; quiero saber si sus intenciones conmigo son serias, de lo contrario viviré con esta duda, con esta incertidumbre que me devora. Solo cuando oiga de su boca este juramento, creeré en su inocencia

FERNANDO PESSOA:

Ofelia, niña, quien verdaderamente ama no escribe cartas que parecen requerimientos notariales.

OFELIA QUEIROS:

Una señora habló con mi hermana y le dijo que usted andaba por ahí diciendo que yo no le interesaba. Si es así prefiero la desilusión a vivir como una ilusa.

FERNANDO PESSOA:

No hay quien sepa si yo la quiero o no porque a nadie he dicho una palabra sobre el asunto.

OFELIA QUEIROS:

Fernando ¿Tendré que esperar mucho para ver realizado mi sueño? ¿Aquello que más deseo en esta vida?

FERNANDO PESSOA:

¿Me quieres por ser yo o por no serlo?

OFELIA QUEIROS:

Y dígame ahora francamente si existe otro amor en su vida. ¿Por qué es indiferente? ¿Por qué dejo de verme durante días sin ninguna explicación?

FERNANDO PESSOA:

Mi destino pertenece a otra ley, cuya existencia, Ofelia, desconoces. Solo sueño con amores imaginarios.

OFELIA QUEIROS:

Arrodillada ante la imagen de Nuestro Señor dos Passos, acabo de pedirle que no deje de amarme, que siempre me quiera mucho y que nunca me olvide.

Ofelia, con aire un poco demencial, como Ofelia de Hamlet, sorprendida por la ruptura, expresa sus emociones a través de reacciones en relación a las cartas, a las hojas. Las mueve, las estruja, se cubre el rostro, las baja a las entrañas, las toca con los dedos, las arruga, las siente como caricias suaves al viento y como desgarradoras heridas.

Fernando Pessoa gira y se encuentra de frente con Alvaro de Campos, casi idénticos, como si uno fuera la sombra del otro. Se saludan, se abrazan y al unísono dicen versos, en absoluta libertad.

ALVARO DE CAMPOS Y FERNANDO PESSOA:

¿Me querían casado, fútil, cotidiano y tributable? ¿Me querían lo contrario de esto, lo contrario de cualquier cosa?. Si yo fuera otra persona les haría a todos su voluntad.

Así como soy ¡ténganme paciencia!; Váyanse al diablo sin mi o déjenmeirme solitario al diablo! ¿Porque habríamos de irnos juntos? ¡No me tomen del brazo! No me gusta que me tomen del brazo. Quiero estar solo. ¡Ya dije que estoy solo! ¡Ah, que aburrido que quieran que sirva de compañía!

Mientras Pessoa habla Ofelia reacciona y compone imágenes entrañables, sensibles, relacionadas con los sentimientos contradictorios que la estremecen. Las cartas terminan arrugadas en el suelo.

Alvaro de Campos y Fernando Pessoa se juntan literalmente y a la luz de la penumbra que invade lentamente la escena parece que fuera un solo hombre, con abrigo y sombrero.

VIGESIMO ESPASMO: EL RETORNO DE MARIA MADALENA

Pessoa camina incierto por las calles de Lisboa, atraviesa la Plaza del Comercio, huele y percibe con agudeza la presencia del río Tajo y se detiene en el muelle, mirando lo grandes barcos que atracan en el puerto de Lisboa. Pessoa relee una carta de uno de sus hermanos.

En contraplano, un muchacho se para en la baranda de la cubierta, con una maleta, avizorando el muelle. Fernando lee en voz alta.

FERNANDO PESSOA:

Querido Fernando: mamá está mal, del cuerpo y del espíritu, ya no es la mujer saludable y entusiasta que conocías. La enfermedad la dejó muy desalentada. La muerte de nuestro padre fue el golpe definitivo, sin él, Africa ya no significa nada. Mamá me dice que escriba para que sepas que llegamos a Lisboa. Joao.

Aparece la mamá y otro muchacho. Es María Madalena y los dos hermanos menores de Pessoa, Joao y Luis Miguel, que acaban de llegar de Pretoria. La mujer se siente fatigada, enferma, llena de nostalgias. Fernando los ve, se saludan a la distancia: Fernando en el muelle y su madre y sus hermanos en la cubierta de un barco, anclado cerca de la orilla.

Fernando se detiene en la madre, que descende la escalerilla del barco y queda casi de frente, a unos pocos metros de distancia. Se miran, profundamente, hasta el alma. María Madalena esta medio paralítica, envejecida, sin esperanzas y Fernando ya

no es el muchacho que vio por última vez, ha envejecido prematuramente, cuando se quita el sombrero descubre una cabeza con escasos cabellos y ceño fruncido. Fernando también está viejo, el tiempo ha sido demoledor. Fernando Pessoa corre hacia la madre, la abraza, la besa, llora, se conmueve, siente que muere y vuelve a renacer en un instante.

FERNANDO PESSOA:

Madre te ves hermosa, la vida es una vaguedad, siempre soñé con este día.

MARIA MADALENA:

Fernando, mi amor, mi niño genio, la última vez que nos vimos tenías apenas quince años, Fernando, poco has cambiado.

Fernando se arrodilla, coloca la cara contra el regazo de la madre y solloza. La madre lo anima para que se pare y lo toma del brazo, orgullosa del hijo. La señora, que demuestra más edad que la que tiene, avanza, cojeando, apoyada en Fernando, que le habla, a intervalos de silencios prolongados

FERNANDO PESSOA:

Conseguí una casa grande, en Campo de Urique, en Rua da Rocha, bonita, con espacios bien iluminados, en una zona tranquila. Ahí podremos vivir sin inconveniente. Tu habitación es la más grande y la mía da a la calle y tiene ventanales.

La madre se aleja, hacia atrás, como si una fuerza de fondo la succionara hacia la oscuridad. Fernando se siente mareado, todo el cuerpo le duele, no distingue lo real de lo imaginario. Se arquea, adolorido, con poco aire en los pulmones.

VIGESIMO PRIMER ESPASMO: EL DESASOSIEGO

Bernardo Soares y Fernando Pessoa, sentados en la misma silla giratoria, espalda con espalda, ambos con traje y sombrero. Bernardo anda con un legajo de hojas, con el manuscrito del Libro del desasosiego. En el fondo, en una línea de coro, los heterónimos se agitan y murmuran. Al mismo tiempo se detienen o se mueven como si fueran parte de un mismo mecanismo.

BERNARDO SOARES:

En cierto modo yo cargo los temas que usted evade casi siempre. Cumpló horarios de oficina que me dejan extenuado y usted se sienta ante un escritorio de vez en cuando. Usted redacta cartas ajenas, yo sumo cifras de movimientos que no son míos, de ganancias que no me pertenecen.

FERNANDO PESSOA:

Ebrio de errores soy incapaz de trasladar responsabilidades y mi conciencia llega hasta donde cada personalidad me lo permite. Sería feliz si mis criaturas no inventarán niveles de conflicto conmigo. No me sienten como un padre, me perciben como un mal padrastro. Eso me desconsuela.

Bernardo coloca folios sobre la silla y la gira de manera reiterada. Las hojas vuelan, caen al piso. Pessoa, cansado, se descoyunta en la silla, un poco deprimido. Los heterónimos agitan las hojas de papel, rítmicamente, y avanzan desde el plano de fondo hasta la línea de proscenio. Murmuran, suben el tono de las voces, alegan,

exigen y muestran sus papeles como reclamando la autoría de esos textos. Pessoa siente temor por primera vez de sus propios engendros. Los observa con recelo. Pero no sucede nada, Agitados, disgustados, cada uno se va para un lado distinto.

Bernardo Soares reúne las hojas que cayeron con las que aún conserva entre las manos, mira a Pessoa, quiere hablarle, no te atreve, vacila, no está seguro de lo que piensa. Sin embargo, se decide, camina hacia el poeta y le entrega un paquete de papeles, se trata del libro del desasosiego.

BERNARDO SOARES:

Señor Pessoa seguiré siendo un semi-heterónimo y un ayudante de tenedor de libros, ni siquiera aspiro a reemplazar a mi jefe cuando el muera ni a ser heterónimo suyo. Le voy a entregar estas páginas sin orden ni premeditación. Es el libro del vacío, de la confrontación con los días inútiles, la crónica de noches repetidas como páginas escritas siempre por alguien invadido por el tedio de su propio espíritu. Son las páginas del desasosiego y quizá logre el exorcismo y usted consiga lo que yo jamás obtendré: un poco de gloria, algo de optimismo.

FERNANDO PESSOA:

No he querido ofenderlo cuando he dicho que es un semi-heterónimo, lo que pasa es que no lo considero significativo en mi experiencia literaria. Usted ha sido, precisamente, el retratista de una parte de mi vida que no siempre quiero tener en cuenta. Usted no experimenta estallidos emotivos y por eso no puede escribir en verso, solo relata ideas, estados mentales de alguien que se hunde irremediable en el agujero sin fondo de la incertidumbre.

BERNARDO SOARES:

Quizá usted logre beneficiarse de mi desatino y le reconozcan el mérito que yo he logrado con mi propio esfuerzo, porque escribir no es algo fácil, usted lo sabe, cada página en blanco es un abismo. Haga con estas hojas lo que quiera, quémelas una noche de invierno en una fogata. Señor Pessoa, usted inventa

criaturas que son autorretratos distorsionados. Yo apenas soy una silueta trazada en la niebla del hastío, una astilla que nunca pudo sacarse del corazón.

Pessoa se empina, crece, frente a un Bernardo disminuido ostensiblemente deprimido, casi minúsculo. Pessoa hojea el manuscrito y se detiene en algunas páginas, gratamente sorprendido.

BERNARDO SOARES:

Como escritor soy poca cosa señor Pessoa. Este libro extraño, como portales abiertos en una casa abandonada, es bello e inútil porque nada enseña, nada hace creer, nada hace sentir. He puesto toda el alma en escribirlo y ahora lo dejo en sus manos. Estos fragmentos podrían ser su diario enmascarado. Jamás lo va a reconocer, en cierto modo presume de ser alguien más o menos normal

Ahora, Bernardo Soares se acomoda en la silla, Pessoa lo hace girar hasta embriagarlo de vueltas y vueltas. Cuando la silla se detiene, Soares se endereza con dificultad. Tiene las manos vacías y Pessoa ha guardado el manuscrito en algún lugar de su abrigo.

BERNARDO SOARES:

Yo, literalmente, no soy nadie y nunca seré nada. Su soledad era tan grande y enfermiza que inventó otros seres para acompañarse y no tuvo escrúpulos para crearme, a mí, alguien más desolado que usted mismo. Usted no es dios, no es demiurgo, no encarna al deseado, sabe bien que haya o no haya dioses de ellos somos siervos. Adiós señor Pessoa.

Cada uno sale por un lado distinto. Soares va deprimido, Pessoa pensativo.

VIGESIMO SEGUNDO ESPASMO: EL INTERREGNO DE LA RAZÓN

Pessoa, se trepa a la silla, como a un estrado, y habla en tono de disertación política, expresándose entre la timidez y la vehemencia contenida. Poco a poco, va cambiando la proporción, se libera un poco y delira con tonos altisonantes. |

FERNANDO PESSOA:

Una mitad del país es monárquico y la otra republicana. Actualmente, no hay soberano, no hay gobierno, hace mucho caímos en el caos. En el Portugal de hoy el tema institucional es completamente insoluble. Portugal no puede ser ni una república ni una monarquía. La nación está dividida entre un régimen en el cual no cree y una oposición al régimen en la que no confía. En este caso, es necesario que las fuerzas armadas asuman el poder, en solitario, con energía y credibilidad. Si es necesario reemplazar el constitucionalismo hay que hacerlo, Portugal lo requiere. Hay que garantizar el orden público, porque hemos estado expuestos a la perturbación y es fundamental asegurar el ejercicio de las actividades sociales, individuales y colectivas. Los más indicados para gobernar en un Estado de Transición son los encargados de conservar el orden, es decir, los militares. La democracia moderna no es más que la sistematización de la anarquía. La fuerza es el fundamento de la ley. El sistema monárquico es el más apropiado para una nación orgánicamente imperial como Portugal, pero hoy en día, dadas las condiciones económicas y sociales, la monarquía es inviable. Entonces, la única alternativa es el equilibrio vertical y la autoridad. Mi lema es todo por la humanidad nada contra la nación.

Una masa de hombres de Lisboa, con traje de paño y sin sombreros —para diferenciarlos de los heterónimos— se desplaza y avanza en distintos sentidos, copando espacio, cubriendo frentes, haciendo líneas y agitando las hojas y los puños. Son los estudiantes católicos de Lisboa, simpatizantes de la falange española y del fascismo italiano. Son una masa beligerante, aferrada a la fe y convencida del nacionalismo portugués. Fernando Pessoa se mezcla con la masa, pero en vía inversa, dudando tal vez de su verdadera identificación con la fuerza en ascenso de la ultraderecha europea.

Duda, se queda solo, revisa sus ideas, la silla gira, el mundo rota, todo se rompe por dentro, respira, se siente fatigado, se sienta y hace un comentario salido del corazón.

FERNANDO PESSOA:

Olviden todo lo que tiene que ver con el interregno, ese escrito no existe, las opiniones políticas son tan relativas como estúpidas. La historia misma es una confusión porque los actos humanos son ilusorios y carecen de veracidad. La junta Militar terminó con la democracia, ese infundio de la república que acabó con la monarquía y no pudo consolidar la nación. Sidonio Pais era el enviado y fue acribillado, Salazar parecía la redención y caricaturizó la esperanza del reino de Portugal. Qué más da, mi vida ha sido un juego bastante moderado.

Pessoa está a un lado, observando. Cae la oscuridad de manera tajante, como un mal presagio. Con las hojas de papel. Un coro de heterónimos, en la sombra azulosa de una noche marina, llena el ambiente y genera, con las hojas en movimiento, el sonido del oleaje y la espuma del océano. Se escuchan versos de Pessoa, cantados, pregonados con la brisa fuerte del Atlántico. Versos de *Mar portugués*.

Inmediatamente, se ilumina un corredor tenue en el proscenio. Transcurre una imagen onírica: Ricardo Reis hala una máquina de escribir con velamen y proa y teclado, como una nao de las palabras, como un sueño sutil y hermoso que hace homenaje al espíritu de la literatura.

RICARDO REIS:

Soy indiferente hacia una época que nada puede solicitar de mí. Pertenezco al reino de lo simbólico y siempre que podamos considerar este mundo como una ilusión podremos apreciar todo lo que nos sucede como un sueño. La Rueda de los Acontecimientos nunca se detiene: mi vida transcurre viviendo en Brasil y visitando eventualmente Lisboa, como ahora, cuando me apuro para llegar a tiempo al entierro de Fernando Pessoa.

Se borra el corredor de luz.

VIGESIMO TERCER ESPASMO: EL REGRESO DEL REY DON SEBASTIAN

El escenario empieza a iluminarse con luz de alborada. Aparece un barco en el escenario. El barco tiene tres mástiles y un gran velamen construido con hojas de papel. Parado en la cubierta, con escudo imperial y espada, está el fantasma viviente rey Don Sebastián, muerto en la derrota de Alcazarquivir, a orillas *del Río de la Podredumbre*, cumpliendo la profecía de Bandarra, el zapatero de Troncoso, que habla del rey que vuelve para redimir a su gente.

UN CANTOR A LA ORILLA DEL RÍO TAJO:

Cuando se haya perdido toda esperanza

Portugal, Portugal, Portugal

Hallarás la salvación en el retorno del rey encubierto

Don Sebastián no ha muerto

Don Sebastián no ha muerto

Don Sebastián no ha muerto

Las olas traen noticias atroces

Llegan gritos espectrales

Con sangre lusitana la arena se ha teñido.

El rey navega en los mares de la noche

Y una mañana de niebla incandescente

Regresará a restaurar el imperio derrotado

Cuando se haya perdido toda esperanza

Portugal, Portugal, Portugal

Hallarás la salvación en el retorno del rey encubierto

Don Sebastián no ha muerto

Don Sebastián no ha muerto

Don Sebastián no ha muerto

El navío, como en un sueño, se detiene cerca a la posición de Pessoa, a orillas del Tajo.

FERNANDO PESSOA:

Señor, soberano de mi delirio, ángel imperfecto, príncipe de las hadas y los efebos, te reconozco como el rey encubierto y siento tu espíritu dentro de mi espíritu, como una embriaguez sagrada que me invade cuando te invoco y te nombro.

DON SEBASTIAN:

Jamás me sentí feliz siendo príncipe en una corte donde sobresalían hipócritas, felones, desleales, ingratos, pérfidos, desagradecidos, miserables, cobardes y bellacos. Acepté la presión de los clérigos y me ungué con la fe de los cruzados. Mi derrota fue dolorosa y solo encontré los desiertos de arena para que mi alma errará en el silencioso dolor de los espectros.

FERNANDO PESSOA:

Eres lo hermético, lo épico, lo andrógino, lo realista y lo irreal, es decir, lo mítico. A ti me quiero integrar, en la comunión de los arcanos y en los signos de un reino anclado a orillas del río del tiempo.

DON SEBASTIAN:

No quiero que me sigas invocando, no soy mesías, te cuento que fui degollado por el alfanje de un impío y que nunca conocí el paraíso. Déjame en paz, ya no tengo reino, ni cetro, ni amante secreto, ni quiero regresar a Lisboa. Nací para perderlo todo, en eso nos parecemos, somos portugueses. Adiós Fernando, solo quiero descansar.

FERNANDO PESSOA:

Toda la historia va y viene entre niebla, y las mayores batallas que se cuentan son espectáculos en la bruma.

El barco y el rey Don Sebastián desaparecen en las tinieblas, queda el eco del canto legendario. Pessoa se siente mal, da pasos inseguros, gesticula, le duele el hígado, le duele el alma, trastabilla.

VIGESIMO CUARTO ESPASMO: LAS MASCARAS DEL ALMA

Pessoa va por las calles de luz amarillenta, enfundado en el abrigo, con poemas bajo el brazo, ensimismado. De súbito se aparece, de frente, el fantasma de la abuela Dionisia, que lo sorprende y lo hace retroceder unos pasos.

DIONISIA:

¿Estamos muertos Fernando, estamos muertos?

FERNANDO PESSOA:

No abuela, aún existimos.

DIONISIA:

Y si no estamos muertos porque la sombra de tu padre me persigue.

FERNANDO PESSOA:

No sé abuela, eres nerviosa.

DIONISIA:

Tu padre, recuerdas, pobre desdichado, mi hijo tísico, que no parecía descendiente de militares porque tenía alma de artista. Era delicado, le gustaba la música, estaba un poco loco, Fernando, como tú, maldito nieto, dime si estamos muertos.

FERNANDO PESSOA:

No abuela, según mi carta astral moriré a los cuarenta y nueve años, la cifra cabalística, abuela no entiendes los astros, aún faltan dos años.

DIONISIA:

Fernando, nieto mío, la angustia es más fuerte que el vacío.

FERNANDO PESSOA:

Abuela, mi padre se ha borrado, no retengo su imagen, me conmueve.

DIONISIA:

¿Fernando estamos vivos o estamos muertos? ¿Por qué tengo las manos llenas de gusanos, por qué estoy encerrada en este cuarto sin puertas ni ventanas?

Fernando.

FERNANDO PESSOA:

Abuela descansa en paz.

DIONISIA:

Fernando, ¿Cuántas máscaras llevamos, máscaras bajo las máscaras, sobre el rostro del alma?

FERNANDO PESSOA:

Ahora comprendo que tus problemas psiquiátricos se parecen demasiado a mis problemas literarios. Siempre tuve miedo, a veces la demencia se transmite entre generaciones.

DIONISIA:

Fernando, en la muerte no hay psiquiatras y el único loco es Dios. Hay un tranvía que pasa por la casa y llega hasta la puerta del Cementerio de los Prazeres. Te estoy esperando nieto mío.

La luz se apacigua hasta desaparecer.

VIGESIMO QUINTO ESPASMO: ABILIO Y LA SOMBRA

Como si estuviera en un callejón de Lisboa, Abilio Cuaresma aparece metido en su gabán, con la cabeza protegida por el sombrero, con las habituales gafas de lentes oscuros y ese aire infalible de detective privado. Su sombra se refleja contra una pared o contra un telón. Hombre y sombra se miran fijamente. Hay una cierta intensión que suscita al dialogo. Cuando Abilio Cuaresma se dispone a continuar su camino la sombra le habla y lo sobresalta.

LA SOMBRA DE ABILIO:

Tus pesquisas me dan risa Abilio Cuaresma. Confías demasiado en las evidencias lógicas y descartas el absurdo como clave del entendimiento.

ABILIO CUARESMA:

Eres mi sombra o eres la sombra de Pessoa. Por tu retórica estas más cerca de él que de mí.

LA SOMBRA DE ABILIO:

La realidad es inversamente proporcional a si misma y con mucha facilidad se vuelve irreal. Así es la vida. En la muerte es distinto: la realidad es solo una apariencia y la imaginación abre las puertas de lo inesperado.

ABILIO CUARESMA:

Siempre pensé que los heterónimos carecíamos de sombra propia y estábamos a la sombra de un autor genial. Ahora lo estoy dudando, quizá la realidad solo refleja las formas exteriores de un todo que no cabe en la cabeza.

LA SOMBRA DE ABILIO:

Vaya expresas lo que pienso, ¿eres mi sombra o mi reflejo?

ABILIO CUARESMA:

Intentas despistarme, pero conmigo no será fácil. Soy mayor que Pessoa, tengo más experiencia y he conocido tipos peores, mejor dicho, más complicados.

LA SOMBRA DE ABILIO:

Podría ser la sombra de todos los heterónimos pero multiplicarse inútilmente agota demasiado. Algunos heterónimos me ensombrecen o me aburren. Menos mal no eres depresivo, a veces me diviertes.

ABILIO CUARESMA:

Si tuvieras autonomía o aprendieras a desdoblarte entrarías a dónde yo no puedo ir. Sería una ventaja para esclarecer casos difíciles y para fisgonear en lugares privados.

LA SOMBRA DE ABILIO:

Todo no es como parece. Pessoa ha inventado los heterónimos pero antes los heterónimos lo inventaron a él. Es Pessoa el irreal y los heterónimos simplemente existen en otra realidad.

ABILIO CUARESMA:

Pessoa son varias Pessoas: +se despersonaliza, se desdobla y se transfigura haciendo un juego literario. Los heterónimos pensamos lo contrario. Soy heterónimo, con cierta independencia en las ideas y con hábitos de semejanza que no he podido abandonar. Por eso pienso como ellos: Pessoa no existe, es un personaje imaginario.

LA SOMBRA DE ABILIO:

Nacemos en el crepúsculo y morimos antes del alba.

La frase resuena en el silencio. La penumbra se cierra, Abilio Cuaresma desaparece.

VIGESIMO SEXTO ESPASMO: LA DESPEDIDA

El ambiente lumínico se modifica, sugiere otro paisaje cromático.

Los heterónimos irrumpen la soledad del poeta que respira con dificultad. Cada uno trae su paquete de poemas, su montón de hojas. Abordan a Pessoa. Los acompaña una mujer enigmática que toca el acordeón. Es la muerte, como la perciben los sentidos delirantes de Pessoa.

Los heterónimos se despiden, especialmente abrazan y estrechan la mano de Pessoa, con saudade y regocijo. Han llegado al final de un viaje. Hay algo de fiesta y funeral en la actitud de los personajes.

ALBERTO CAEIRO:

Adiós Fernando y bienvenido. He sido heterónimo y fantasma, pero sobretodo, he sido tu amigo.

RICARDO REIS:

Buen Viaje, la vida es un día para nacer y un día para morir. El resto es un juego donde los dioses se divierten.

ALEXANDER SEARCH:

Le escuche que en el límite definitivo hallaremos la iluminación. Esa lógica niega la importancia trascendental de la oscuridad.

ALVARO DE CAMPOS:

No quiero nada, ya dije que no quiero nada, no me vengan con conclusiones, la única conclusión es la muerte.

FERNANDO PESSOA:

Reconozco que fracasé. Sólo me asombro por no haber previsto que fracasaría. ¿Qué había en mí que pronosticase un triunfo? Yo no tenía la fuerza ciega de los vencedores o la visión de ciertos locos. Soy lúcido y triste como un día de frío

Los heterónimos se expresan despidiendo a Pessoa que llegó al último instante de la existencia. Después de hablar, se extienden en el suelo, como volviendo a casa. El último es Pessoa, en el centro de un panteón imaginario —con fondo de azul infinito y luces sugiriendo tumbas— donde yacen el poeta y sus personajes.

ALBERTO CAEIRO:

Si quieren escribir mi biografía sepan que solo tiene dos fechas. La de mi nacimiento y la de mi muerte. Entre una y otra todos los días son míos.

ALVARO DE CAMPOS:

Se acabó la obligación de vestirse, lavarse, tener que razonar, simular, cuidar las maneras, tener riñones, hígado, pulmones, bronquios, dientes, todo lo que provoca enfermedad y sufrimiento.

RICARDO REIS:

Regresé llamado por la agonía de Pessoa cuando ya era un fantasma impregnado en la brisa de Lisboa. Es inexacto mi destino porque nunca fui derrotado por el paso del tiempo. Lo fui todo, nada vale la pena.

ALEXANDER SEARCH:

Aquí yace Alexander Search. No creía en el Estado ni en la Iglesia, ni en la tierra, ni en el cielo.

Cada uno, a su manera, se cubre con las hojas, sugiriendo una sábana fragmentada, un túmulo. Al fondo la enigmática mujer, que es la muerte, una cantante de puerto

portugués, interpreta una melodía que trae el recuerdo de Lisboa a orillas del río Tajo. Cerca, de pie, está el pequeño Chevalier de Pas, el corresponsal imaginario, cuando Pessoa tenía siete años. Chevalier tiene una carta en la mano. Pessoa está conmovido, sabe que está llegando a su final, como en una pieza de teatro.

Cuando Chevalier deja caer la hoja que tiene en la mano y *dice ¡Adiós Fernando! ¡Adeus Fernando!*, las luces se extinguen y solo queda el cenital que da de lleno en la agonía de Pessoa. El fuelle del acordeón de la muerte coincide con la respiración de Pessoa, cada vez más difícil y congestionada. La vida se escapa, el alma tiembla, en el tiempo entrecortado de las últimas pulsaciones.

VIGESIMO SEPTIMO ESPASMO: LOS ROSTROS DE PESSOA

El tiempo se acorta, los espasmos son más continuos, menos espaciados, las imágenes cruzan, la rueda de los acontecimientos gira más rápido. Con los últimos impulsos Fernando Pessoa deja de pensar en el dolor que lo destroza y respira por la boca, devorando a profundidad los últimos sorbos de aire. Al fondo aparecen los heterónimos, con rostro de Pessoa, con distintas estaturas, con una sola fisonomía. Respiran y se reúnen, como el último protocolo de la aventura poética. Luego, se van, se pierden en la penumbra del fondo. Pessoa queda solo, desenmascarado.

FERNANDO PESSOA:

Juro siempre tener en la memoria a Jaques de Mollay mártir de los templarios, asesinado cruelmente por la inquisición. Y combatir siempre y en todas partes a sus tres asesinos: La ignorancia, el fanatismo, la tiranía.

VIGESIMO OCTAVO ESPASMO: UNA LLUVIA DE LUZ

Como Goethe el iniciado, como Viera el sabio, Pessoa vislumbra partículas de luz que titilan en el aire. El cuerpo no duele, no pesa, la memoria es ingrávida y bajo los pies la levedad. Antes que el alma inicie su vuelo brotan las palabras, en el último instante.

FERNANDO PESSOA:

No soy nada.

Nunca seré nada.

No puedo querer ser nada

Aparte de eso, tengo en mi todos los sueños del mundo.

El gran momento ha llegado. Ya no le incomoda el sombrero, ni la gabardina, ni los zapatos. Se siente desnudo, libre de huesos y deseos.

Un vacío de paz interior absorbe los recuerdos y solo existe el viento, la sensación del verbo convertida en vibración pura. Pessoa siente el fulgor de la luz y quiere ver íntegramente.

FERNANDO PESSOA:

Mis anteojos, quiero mis anteojos...

Un haz de luz ilumina la figura del hombre del abrigo y el sombrero, la atmósfera del escenario se tiñe de azul marino y miles de hojas comienzan a llover: llueven hojas, planean páginas, caen metáforas. Desde el fondo del olvido llegan los acordes de la Bella Infanta, la sensación perdida de la infancia, la nostalgia de la vida extinta.

El poeta se llena de silencio y siente que ya no respira. Antes que la última hoja caiga el escenario se oscurece y la agonía de Pessoa llega a su final.

FIN

En los procesos de indagación escénica en torno a Pessoa participaron actores y actrices de Lendias de Encantar de Portugal, Teatro dos de Cuba y Teatro Tierra, de Colombia. A ellos y ellas dedico este resultado final:

Antonio Revez, Ana Ademar, Marisela Terra, Deisy Sánchez, Clara Inés Ariza, Joan Jiménez, Mario Miranda, David Rosero, Stephani Rugelis, Julia Rosero y Estefania Torres.